

CRISTIANDAD

AÑO XL

NUMERO 624

BARCELONA

MARZO - ABRIL 1983

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

EL PRIMER DERECHO

DOMINGO SANMARTI FONT
Presidente honorario
de Schola Cordis Iesu
Luis Creus Vidal

TENEMOS UN NUEVO SANTO
José Luis Ganuza Cortina

**ACTO DE CONSAGRACION
A LA INMACULADA**
P. Maximiliano Kolbe

**SOBRE LA SANTA OBSESION
DE AMOR A LA MADRE DE DIOS,
NUESTRA SANTISIMA MADRE**
Juan Lladó Martorell

**SAN JOSE PATRIARCA
DE PUEBLO DE DIOS**
Evaristo Palomar

NOTA BIBLIOGRAFICA
N. P.

LA PIEDAD CRISTIANA
Narciso Torres Riera

**HACIA LA BEATIFICACION
DEL PADRE MAÑANET**
J. M. B.

«EL QUE NO ESTA CONMIGO...»
Fr. Antonio de Lugo

**EL REINO DE DIOS
EN LA HISTORIA**
José Orlandis

**«LA PUESTA AL DIA» DE LA
IGLESIA CATOLICA VISTA POR EL
HOMBRE MODERNO**
Elsa Hourler de Carbonell

EL ODIOS Y EL MIEDO
Francisco Salvá Miquel

ADMINISTRACION: Lauria, 19, 2.º 1.º-(10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

EL PRIMER DERECHO

Se dice a veces que nuestra sociedad actual sufre una crisis de valores. Algunos, partiendo de esta constatación, apostillan que esta crisis es palpablemente manifiesta en el terreno moral con el hundimiento de lo que llaman, con imprecisa melancolía, «moral tradicional». Es bien cierto todo esto pero, juzgando solamente así el estado social de nuestro entorno, se olvida que de lo que en realidad estamos inficionados es de una *inversión* de valores mucho más que de una simple crisis.

La pretendida legislación del aborto, que tiene hoy en España una triste actualidad, es sin duda el mayor exponente de esta inversión de valores. Los derechos del hombre son hoy juzgados como derechos «democráticos», es decir como derechos surgidos de la «voluntad soberana» de la asamblea de los elegidos democráticamente. Esta voluntad es la que decide lo que es lícito y lo que es ilícito, lo que es justo y lo que es injusto, lo que está bien y lo que está mal. El Estado democrático se muestra así, tal como lo enseñaba Spinoza en el *Tratado Político*, como el Estado más absoluto. El derecho natural es, a partir de aquí, equivalente a la cantidad de poder político.

La más flagrante oposición entre el derecho natural entendido como el obligado respeto, por parte de todos, a la naturaleza de las cosas y esta nueva concepción del derecho como expresión del poder que confiere la mayoría, se da precisamente en la actitud del Estado frente al que es, **sin ninguna duda**, el primer derecho natural: el derecho a respetar y proteger la vida de los más inocentes e indefensos de los hombres: los bebés intrauterinos, los niños todavía no nacidos. Esta oposición es una total negación, una auténtica violación del primer derecho del hombre, el derecho a nacer. Y la violación de este derecho, por tratarse de un ser humano vivo e inocente sólo tiene un nombre: *crimen abominable*, que es el calificativo que recibe el aborto provocado en la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II. Tal es lo que enseña la Iglesia; tal es lo que dice la conciencia individual; tal es lo que nos recordó el Papa a los españoles en su reciente viaje.

Tal es, por tanto, la actitud de nuestra revista CRISTIANDAD. En el próximo número hablaremos extensamente de ello.

DOMINGO SANMARTI FONT PRESIDENTE HONORARIO DE «SCHOLA CORDIS IESU»

LUIS CREUS VIDAL

IN MEMORIAM

Era en junio-julio de 1935.

Nuestro Padre y Fundador, Ramón M. Orlandis, nos reunió a unos pocos —entre los que, hoy, escasos restan de su «vieja guardia»— y nos dio una tanda de Ejercicios, según el espíritu y, hasta osaríamos decir, la letra de San Ignacio.

Son, fueron para todos, un verdadero hito en nuestra vida. Osaríamos decir que, santamente, nos «marcó».

Al fin de aquellos inolvidables días, pasados en la casa que —en tiempos de dispersión— conservaba la Compañía en Vallvidrera, apacible rincón que enmarcó aquella semana y media de consuelo, recordamos haber descendido a Barcelona en unos coches. Formábamos en el mismo, coincidiendo, con el Padre Orlandis y con Domingo Sanmartí.

La primera detención fue, a causa del itinerario, en casa de este último. Habiendo descendido y repuesto la marcha, nos proclamó el Padre Orlandis su consuelo y su admiración por la devoción —visible incluso exteriormente— del ejercitante, y por el provecho espiritual que había recompensado su entrega a fondo en las meditaciones ignacianas.

Había sido en el curso de una de ellas que el Padre, visiblemente inspirado, la había coronado con esta efusión hacia cuantos le escuchábamos: «Y ahora, hijos míos, os esperaré para abriros en las puertas del Cielo».

Esperemos piadosamente que con Sanmartí —como ya habrá hecho con otros de nuestros mejores— habrá cumplido su empeñada palabra.

«TU ES PETRUS!!»

¿Se nos permitiría, aquí, que a nuestro ferviente homenaje añadamos alguna impresión de piadoso humorismo?

Conocida, y no es éste el lugar de repetir detalles que ya han sido publicados anteriormente en esta Revista, la relación de la misma con la entidad SCHOLA CORDIS JESU, que ha sido su madre, y ambas hijas de nuestro Padre Orlandis.

Celebramos, hace poco relativamente, el cincuentenario de SCHOLA.

En 1925 —¡cuánto tiempo ha transcurrido!—, en una tarde inolvidable, y también en una finca de las estribaciones del Tibidabo, convocó el Padre Orlandis a varios de aquellos «que en aquella época éramos muy jóvenes». Su objeto, su ideal, profundísimo y digno del mejor discípulo que jamás habrá tenido el Padre Ramière, era del de constituir una entidad consagrada a la formación integral, partiendo ya del mejor nivel intelectual posible, de los celadores del Apostolado de la Oración. SCHOLA. Una Schola, una Escuela, de Celadores.

Ya a ella asistió, como elemento de peso moral, el entonces estudiante de Medicina Domingo Sanmartí, joven que ya visiblemente calaba en lo profundo.

Desde entonces, como por un designio a la vez natural y sobrenatural, Domingo Sanmartí quedó constituido cabeza.

Quien esto escribe, en varias ocasiones tuvo ocasión de recordarle esta primacía, y cariñosamente le añadía: «Tu es Petrus!!».

Y es que en aquel quizás aún infantil escuadrón de jóvenes a quienes el Padre Orlandis proclamaba el espíritu macabaico, parecía designar a

cada uno una función. Noble Matatías del espíritu, nuestro Padre, quien ignoraba si Dios le premiaría, como hizo, con una larga vida, nos testamentaba a su manera señalando a cada uno una labor de acuerdo con la idiosincrasia de cada cual. Cuando hablaba de Sanmartí, como espontáneamente en nuestros sueños infantiles, nos venía a la mente el testamento de Matatías a sus hijos, y que comenzaba así: «Ahí tenéis a Simón, vuestro hermano; yo sé que es hombre de consejo; escuchadle siempre y él hará para con vosotros las veces de padre» (I, Mac. 2, 5).

Incluso en plan de compañeros, entre nosotros, espontáneamente a lo menos, ocupaba el lugar del «primus inter pares». Y era nuestro hombre de prudencia y de consejo.

Y él fue desde su nacimiento, y por muchos años, el Presidente de SCHOLA. Sólo desde hace poco, relativamente hablando, y por aclamación de todos, al cesar de serlo, quedó constituido, vitaliciamente, Presidente Honorario de SCHOLA.

Como tal, honramos su memoria.

UNA VIDA CONSAGRADA A DIOS, A SU FAMILIA Y AL TRABAJO

Había nacido en su casa solariega de Sanmartí de Serrahima, en Sallent, el 2 de noviembre de 1906.

Realizó sus primeros estudios y cursó brillantemente el Bachillerato en el Colegio del Salvador, de los PP. Jesuitas, en Zaragoza, ingresando en 1922 en la Facultad de Medicina de Barcelona, licenciándose en 1929. Practicó cristianamente su humana labor hasta su jubilación en 1976. Casó con doña M. Asunción Roset y Coll, cuya unión bendijo el Señor con 9 hijos. Su divina protección se hizo patente al haber debido ser movilizado en 1938, y salido indemne de tal prueba.

Y siempre, un día y otros días, en las riendas de SCHOLA y de nuestra Revista CRISTIANDAD.

Hombre, de otra parte, de erudición, osaríamos decir, fenomenal.

Nos atrevemos a reproducir las siguientes líneas, que nos hacen llegar sus íntimos: «... leía siempre, tanto si disponía de horas o de minutos: hasta aprovechaba su ir y venir por las calles:

siempre con un libro bajo el brazo. Conocía y hablaba de todo, todas las literaturas antiguas y modernas, habiendo estudiado todas las ideologías. Y también muchas lenguas. Su portentosa memoria hacía de él un maestro... de todo daba razón... y murió como un santo, y un santo sabio.»

SU SERVICIO QUIZAS EL MAS ABNEGADO, A «CRISTIANDAD»

Debemos señalarlo aquí. Por menos conocido. Al fallecer, en 1958, nuestro Padre Orlandis, CRISTIANDAD atravesó la natural época de crisis, agravada por dificultades muy graves de tipo económico y con una salida problemática. La Providencia veló y surgió la actual II Epoca.

Pero, durante un largo tiempo, humanamente hablando, el porvenir se hallaba muy oscuro.

Domingo Sanmartí asumió toda la responsabilidad, incluso la material, y plenamente sobre todas las vicisitudes de nuestra Revista.

Recordemos este rasgo que magnifica su personalidad.

UN FALLECIMIENTO SANTAMENTE SIGNIFICATIVO

Fue una noche del pasado otoño. Y en la misma habitación donde había nacido. Reposa en el panteón familiar de Sallent: paisano de San Antonio María Claret, su altísimo Paisano de quien nuestra Revista es humilde devota.

IN MEMORIAM

En primer lugar a todos cuantos quedamos, algunos de la «Vieja Guardia» en SCHOLA CORDIS JESU, y seguidamente a cuantos —tan queridos— leen nuestra Revista, encomendamos a sus oraciones el alma de quien, por explícita designación del Padre Orlandis, fue, por así decir, nuestro Presidente nato.

Y estamos seguros de que el Padre le habrá esperado en las puertas del Cielo.

Tenemos un nuevo Santo

JOSÉ LUIS GANUZA CORTINA

El día 10 de octubre Su Santidad Juan Pablo II acaba de canonizar un nuevo santo, el franciscano polaco P. Maximiliano María Kolbe.

Ciertamente, toda canonización es motivo de alegría para la Iglesia, pero la del P. Maximiliano presenta unos aspectos particularmente importantes en el momento actual. Toda la vida del P. Kolbe es un ejemplo maravilloso de entrega al ideal de conquistar el mundo para el Corazón de Cristo mediante la consagración total a la Inmaculada.

El Papa ha resaltado en su canonización cómo la devoción a Nuestra Señora fue la inspiración constante de su existencia. Existencia que desemboca en el desatino para el que se fue preparando desde los primeros años de su juventud. Su muerte en el campo de concentración de Auschwitz el 14 de agosto de 1941 por salvar la vida de un compañero, que 41 años después ha llegado a presenciar su canonización, es según Juan Pablo II «testimonio particularmente auténtico de la Iglesia en el mundo contemporáneo», pues «al dar la vida por los hermanos sigue el ejemplo de la muerte de Cristo, modelo de todo mártir». Por ello, tomando en consideración muchas voces del pueblo de Dios y sobre todo de los episcopados particularmente de Alemania y Polonia, con su autoridad apostólica ha decretado que al título de confesor con que se le veneraba desde su beatificación, se añada el de mártir.

Esa vida de intensa actividad apostólica y misionera que culminó con su muerte y que la Iglesia nos propone como modelo, ha dado abundantes frutos. Como ejemplo, será difícil entender el renacimiento cristiano del pueblo polaco y fundamentalmente de la devoción mariana sin considerar su obra.

* * *

Raymond Kolbe, pues así se llamaba antes de entrar en la orden franciscana, nació en Zdunska-Wola, en Polonia, el 8 de enero de 1894. Vivió sus primeros años en Pabianice, en una humilde familia como segundo hijo de tres hermanos.

A la edad de doce años su corazón quedó entregado a María para siempre según él cuenta a su madre:

—Cuando, mamá, me habéis dicho: «Raymond, ¿qué será de ti?», he sentido gran pena y he ido a preguntarle a la Santa Virgen qué sería yo. Después, en la iglesia, se lo he vuelto a preguntar. Entonces la Santa Virgen se me ha aparecido, llevando dos coronas, una blanca y otra roja. Me miró con amor y me preguntó cuál elegía: la blanca significaba que sería siempre puro y la roja que moriría mártir. Entonces yo respondí a la Santa Virgen: «¡Elijo las dos!» Ella sonrió y desapareció.

Poco después, tras la predicación de unas misiones populares, su hermano mayor Francisco y él entran en el seminario de Hermanos Menores Conventuales en Léopoli.

En 1908, el tercero de los hermanos, José, decide seguir también la vocación religiosa. Entonces Hana Kolbe, su madre, con el consentimiento de su marido, se retira con las Damas Benedictinas de Léopoli y su marido Julio con los Franciscanos de Cracovia. Toda la familia se entrega a Dios.

En 1912 el ya hermano Maximiliano, tras pasar por Cracovia es enviado a Roma donde estudia filosofía en la Gregoriana. En una carta a su madre explica cómo la Virgen le libra milagrosamente de la amputación del dedo pulgar de la mano derecha por la aplicación de agua de Lourdes.

En 1915 obtiene el doctorado en filosofía y comienza teología en la Facultad Pontificia de San Buenaventura.

En 1917, junto con seis compañeros del Colegio Seráfico Internacional de Roma, funda la «Militia Immaculatae» realizando un acto de sumisión a la Inmaculada para «...que yo participe así en la mayor difusión del dulce Reinado del Sagrado Corazón de Jesús, pues allá donde tú entras, tú obtienes la gracia de conversión y de santificación, pues es a través de tus manos como el Santísimo Corazón de Jesús prodiga sus gracias».

Al año siguiente es ordenado sacerdote. El día de su primera misa hizo un pacto con Teresa de Lisieux, todavía no conocida. «Yo rezaré —le dijo— para que seais elevada a la gloria de los altares, pero a condición de que toméis a vuestro cargo todas mis futuras conquistas.»

El que eligió las dos coronas entablaba gran amistad con la que eligió todo al entregarse al Señor Misericordioso.

Vuelto a Cracovia, al poco tiempo tuvo que ingresar en un sanatorio debido a la tuberculosis que había contraído años antes. Durante esta época ofrece sus sufrimientos a la Inmaculada y aumenta su devoción a Santa Teresita del Niño Jesús y a Santa Gemma Galgani.

En 1922 pone en marcha su gran proyecto. Aparece el primer número de la revista «El Caballero de la Inmaculada» entre grandes dificultades económicas e incomprensiones pero ayudado milagrosamente por la Santísima Virgen. Poco después, sus superiores le destinan a Grodno. Allí compra maquinaria para publicar la modesta revista. «El Caballero de la Inmaculada» va aumentando su tirada año tras año. En 1925, año de la canonización de Santa Teresita, en medio de «una lluvia de rosas», según se cuenta en la crónica de la obra, el número de colaboradores y la tirada se duplican. En 1927 se habla de 50.000 ejemplares mensuales y 126.000 miembros de la Milicia de la Inmaculada. El convento de Grodno se ve desbordado.

En medio de una vida de suprema austeridad y pobreza, se suceden máquinas cada vez más modernas. El P. Maximiliano, siempre interesado en poner la técnica al servicio de su labor apostólica, no siempre es comprendido. Un día le preguntaba un prelado señalando una potente rotativa:

—¿Qué haría San Francisco viendo estas costosas máquinas?

—Se remangaría y se pondría a trabajar con nosotros —contestó el P. Kolbe.

Después de una recaída en su enfermedad se adquiere un terreno cerca de Varsovia. Dos padres y 18 hermanos se trasladan junto con la maquinaria a los barracones del nuevo convento que pasaría a llamarse «Niepokalanow».

Ante el objetivo de conquistar el mundo entero para la Inmaculada comenzando desde Polonia, la tirada de la revista aumenta en progresión geométrica. En 1927, 50.000 ejemplares; en 1928, 81.000; en 1929, 117.500; en 1930, 292.750; en 1931, 432.000; en 1935, 700.000; en 1939 se alcanza el millón de ejemplares de tirada.

A su lado surge otra revista en latín, y desde 1935 un periódico.

En 1938 se crea la estación de radio SP3RN (Radio Niepokalanow). El P. Kolbe hace el curso de apertura. La guerra le sorprendió pla-

neando un campo de aviación para la ciudad de la Inmaculada y la creación de películas católicas.

Pero todo esto no era suficiente para quien estaba llamado a realizar las más diversas vocaciones de aquellas que su aliada, Santa Teresita, impulsaba desde el corazón de la Iglesia. En 1930, tras una visita a Lourdes, París y Lisieux, el P. Maximiliano parte hacia el Japón a fundar allí otra ciudad de la Inmaculada. Ni conoce el idioma ni cuenta con ningún medio. El obispo de Nagasaki le admite como profesor de su seminario al saber que es doctor en filosofía y teología y le deja hacer en sus planes de publicar una revista. Llegados el 24 de abril, el 24 de mayo mandaba un telegrama a Niepoñalanow: «Lanzamos hoy primer número. Tenemos imprenta. ¡Viva la Inmaculada! Maximiliano.»

Mugenzai no Sono es el nombre de la ciudad de la Inmaculada en japonés. Frente a toda lógica, se establece a espaldas de la capital, separada por una colina. La Virgen quiso salvar así su ciudad de la destrucción por la bomba atómica.

En 1936 vuelve definitivamente a Polonia como guardián de Niepokolanow, comunidad de 750 miembros, donde permanece hasta el primer arresto por las tropas nazis en 1939. Liberado, puede imprimir en 1940 un único número de «El Caballero de la Inmaculada» con 120.000 e introduce la adoración perpetua en su convento.

En 1941 es detenido por la Gestapo y llevado a la prisión de Pawiak, en Varsovia, donde por confesar su fe es golpeado y maltratado con saña. El 28 de mayo de 1941 es llevado a Auschwitz donde se convierte en el consuelo de los que le rodean.

A finales de julio, la evasión de un prisionero de su bloque provoca la represalia del jefe del campo. Diez de ellos son condenados al búnker de la muerte a morir de hambre y sed. Uno de ellos solloza:

—Mi pobre mujer y mis hijos. No los volveré a ver.

De entre las filas de los prisioneros, el número 16.670 se adelanta, se trata del P. Maximiliano. El jefe de campo lleva la mano a su arma y grita:

—¿Qué quieres tú, cerdo?

—Quisiera morir en lugar de aquél —contesta el P. Maximiliano.

—¿Por qué?

—Yo soy viejo, él tiene mujer e hijos.

—¿Qué eres tú?

—Sacerdote católico.

—Ve con ellos —consiente el jefe de campo.

Del búnker de la muerte se oyen salir en los días siguientes cánticos y oraciones en vez de gritos de desesperación como era lo habitual. Al cabo de dos semanas casi todos han muerto. Sólo quedan cuatro y de ellos el único consciente es el P. Kolbe. El 14 de agosto es rematado por una inyección de fenol. Su cuerpo fue quemado al día siguiente en un horno crematorio.

En 1948 comienza el proceso informativo para su beatificación a instancias del obispo de Nagasaki. En 1965 se obtiene dispensa de esperar 50 años tras la muerte para la discusión de la heroicidad de las virtudes.

El 17 de octubre de 1971 Su Santidad Pablo VI proclama al P. Maximiliano Kolbe bienaventurado. Sólo once años después, Su Santidad Juan Pablo II, el Papa del «Totus tuus», heredero de la devoción a la Inmaculada del pueblo polaco, procede a su canonización.

* * *

La «Milicia de la Inmaculada» en la mente del P. Kolbe tenía como tarea incorporar el dogma a la vida consagrándose a María, y «El Caballero de la Inmaculada» era el instrumento apostólico para hacerla conocer por todo el mundo, irradiando desde las ciudades de la Inmaculada que él deseaba ver fundadas en todas las naciones.

Pero por debajo de esta actividad apostólica, subyace el contemplativo, el humilde religioso de vida conventual y a su vez el hombre de profunda doctrina que ha sido considerado precursor del Vaticano II en la consideración del papel único de la Virgen en la obra de la salvación que describe el capítulo VIII de la *Lumen Gentium*.

La doctrina mariana del P. Kolbe, sólidamente fundada en la escritura, los Santos Padres y las definiciones del magisterio de la Iglesia, tiene una llamada de atención especialísima para la declaración de María en Lourdes: «Yo soy la Inmaculada Concepción.» ¿Qué quiso decir la Virgen cuando contestó así a la pregunta de Santa Bernadette sobre quién era ella?

Para el P. Maximiliano, ante todo Ella confirma el dogma promulgado en 1854, pero no se limita a decir que ha sido concebida sin pecado sino que al nombrarse Inmaculada Concepción quiere expresar algo que pertenece, por así decirlo, a la esencia de la Inmaculada. Inmaculada Concepción, para el P. Kolbe, es la definición de Ma-

ría y esto le lleva a penetrar en el misterio de su relación especialísima con el Espíritu Santo. Toda la mariología del P. Kolbe está centrada en las relaciones de María con la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo, es el fruto del Amor del Padre y del Hijo, es una concepción eterna, increada, concepción inmaculada por los siglos. El es el prototipo de toda concepción de vida en el universo. María, modelada por el Espíritu Santo,, es desde el primer instante de su ser concepción Inmaculada creada, porque ha comenzado a ser en el tiempo. La Inmaculada «revela» al Espíritu Santo. Toma el nombre de su divino esposo, Concepción Inmaculada desde toda la eternidad. El la forma como una nueva criatura, llena de gracia, y se manifiesta en Ella como Concepción Inmaculada. El P. Maximiliano llega a decir que la Inmaculada es en cierto sentido la «encarnación» del Espíritu Santo, distinguiendo por supuesto de la encarnación del Verbo.

El Espíritu Santo posee plenamente a la Inmaculada de una manera más profunda de lo que podemos entender con nuestra inteligencia por el concepto de esposa. En esto quiere ir más lejos que San Luis María Grignon de Monfort, del que se nutre en muchas cosas, de la misma manera que su consagración quiere ser un perderse en María, un entregarse sin ninguna limitación más allá del tema de la esclavitud mariana de San Luis María.

El tema de la Inmaculada va íntimamente ligado con el tema de la maternidad divina. Para el P. Maximiliano «María fue Inmaculada porque tenía que llegar a ser Madre de Dios, porque fue Inmaculada» (Conf. 1939).

Otro tema importantísimo en su contemplación es el de la mediación de María. Cristo es el único mediador entre Dios y la humanidad, pero Cristo nos manda de parte del Padre al Espíritu Santo. La mediación de María va asociada a aquella íntima y perfectísima unión entre el Espíritu Santo y la Inmaculada. Nos dice: «Esta unión es tan inexplicable, pero tan perfecta, que el Espíritu Santo obra únicamente por la Inmaculada, su esposa. De donde ella es mediadora de todas las gracias del Espíritu Santo. Y del hecho de que cada gracia es el don de Dios Padre por el Hijo y el Espíritu Santo, se sigue que no hay gracias que no sean propiedad de la Inmaculada, que no le sean dadas para que disponga libremente de ellas.» (Carta 1935).

* * *

Algo que se admira a lo largo de la vida del P. Kolbe, es la audacia de la empresa que acomete. Es un santo, y como tal le abrasa la caridad y el celo por la salvación de las almas. Pero hay algo más; desde una visión plenamente sobrenatural de la historia de la salvación ve el papel clave de la Inmaculada en el establecimiento del Reino de Cristo y confiando únicamente en su maternal mediación se embarca en la aventura de la conversión del mundo.

Su lógica sobrenatural es aplastante. Hay que consagrarse a la Inmaculada, pues Dios lo ha puesto como cauce por el que se difunden todas las gracias y así nos volvemos instrumentos útiles al Corazón de Jesús; eso es la «Militia Immaculatae». Por otra parte hay que difundir esta verdad providencial. Hay que hacer lo posible para que el mundo conozca a la Inmaculada. Para ello se ponen en marcha las publicaciones. Ahora bien, ésta es una lucha de conquista en la que al fin «Ella aplastará la cabeza de la serpiente».

Ante todo esto, uno no puede menos que pensar en el paralelismo con el P. Ramière. En ambos, la bula *Ineffabilis Deus*, en la que se define el dogma de la Inmaculada, es un punto clave para entender la esperanza del triunfo de la Igle-

sia. El P. Ramière organiza el Apostolado de la Oración como una liga de orantes que por medio del Corazón de María consagran al Corazón de Jesús toda su vida ofreciéndose con El en reparación para que venga su reino entre nosotros. A su vez desde posiciones doctrinales y teológicas firmes divulga en varias obras y revistas, fundamentalmente, «El Mensajero del Corazón de Jesús», la eficacia de esa consagración y el objetivo de su esperanza.

El P. Maximiliano expresaba así su ideal: «Hace falta conquistar el universo y cada alma en particular ahora y en el futuro hasta el fin del mundo, a la Inmaculada y, por Ella, al Sagrado Corazón de Jesús.» (23-4-33).

La canonización de este santo revitaliza de una manera providencial el lema «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María», en estos momentos en que nos vemos envueltos en corrientes ideológicas incompatibles con la fe que esterilizan toda acción apostólica y asfixian la caridad y celo por la salvación de las almas, pues incapacitan para comprender que la Iglesia es luz de las gentes y Sacramento de Salvación para la humanidad y que a pesar de todas las adversidades actuales su triunfo está garantizado.

EL ABSOLUTISMO DE LA DEMOCRACIA

UNA SANA DEMOCRACIA, FUNDADA SOBRE LOS INMUTABLES PRINCIPIOS DE LA LEY NATURAL Y DE LAS VERDADES REVELADAS, SERA RESUELTAMENTE CONTRARIA A AQUELLA CORRUPCION QUE ATRIBUYE A LA LEGISLACION DEL ESTADO UN PODER SIN FRENO NI LIMITES Y QUE HACE TAMBIEN DEL REGIMEN DEMOCRATICO, NO OBSTANTE LAS CONTRARIAS PERO VANAS APARIENCIAS, UN VERDADERO Y SIMPLE SISTEMA DE ABSOLUTISMO.

Pío XII, Radiomensaje de Navidad 1944

ACTO DE CONSAGRACION A LA INMACULADA

Textos del P. MAXIMILIANO KOLBE

Inmaculada, Reina del Cielo y de la Tierra, refugio de los pecadores y Madre amantísima, a quien Dios ha querido confiar todo el orden de la Misericordia, yo me postro delante de Ti, pobre pecador como soy; yo te suplico humildemente que aceptéis todo mi ser como tu bien y tu propiedad y obréis en mí y en todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo, en toda mi vida, mi muerte y mi eternidad como te plazca.

Haz de mí lo que quiezas para realizar lo que se ha escrito de Ti: «Ella aplastará la cabeza de la serpiente», y también: «Por Ti, todas las herejías del mundo han sido vencidas.»

Que en tus manos inmaculadas y misericordiosísimas yo sea un instrumento dócil para hacerte conocer y amar por tantas almas tibias o extrañadas, y así extender lo más posible el Reinado Santísimo de Jesús.

En verdad, solamente allá donde Tú vienes, obtienes la gracia de la conversión y de la santificación de las almas, porque todas las gracias fluyen del Divino Corazón de Jesús a nosotros pasando por tus manos (1917).

* * *

«¡ En lo que concierne a la causa de la «Militia Immaculatae» creo que en cada nación debería surgir una «ciudad de la Inmaculada» (Niepokalanow) que permitiera a la Inmaculada obrar por todos los medios, incluso los más modernos, pues los descubrimientos deberían ser empleados primeramente en servirla, bien sea en el comercio, la industria, el deporte, etc., e incluso la radio, el cine, en una palabra, todo lo que se pueda descubrir y que pueda iluminar los espíritus e inflamar los corazones! Pero la característica que debe impregnar toda nuestra actividad es «a través de la Inmaculada», siendo nuestro fin «la conquista del mundo entero» y de «cada alma en particular»

para la Inmaculada y a través de Ella para el Santísimo Corazón de Jesús» (Carta 2-12-1931).

* * *

«La Inmaculada es nuestra Reina, Ella es toda nuestra vida. ¡Es Ella quien hace todo! Por Ella queremos ganar a Cristo todas las almas en el mundoentero, las presentes y las que existan hasta el fin de los tiempos.»

* * *

«No olvidemos que no existen sólo Polonia y Japón, sino un número todavía mucho más grande de corazones que laten por todo el universo. ¿Cuándo, pues, conduciremos el corazón de todos los hombres hasta el Corazón Sacratísimo de Jesús recurriendo a esta blanca escala que es la Inmaculada como Ella se presenta en la visión de San Francisco?

...Cada pensamiento, palabra, actividad, sufrimiento de la Inmaculada era el más perfecto acto de amor de Dios, de amor de Jesús. Hace falta, pues, decir a las almas, a todas las almas y a cada una en particular, lo que son ellas, lo que serán, hasta el fin del mundo; decirles por el ejemplo, la palabra viva o impresa, por la radio, la pintura, la escultura, etc., lo que la Inmaculada, en las circunstancias concretas de la vida corriente, habría pensado, dicho y hecho a fin de que el amor más perfecto —el amor mismo de la Inmaculada— hacia el Corazón Divino abrace toda la tierra.

...Que lo máximo sea hecho por la Inmaculada. ¡Ella debe apropiarse lo más pronto posible de cada alma, de la manera más perfecta, para vivir y obrar en cada alma, para amar a través de cada alma al divino Corazón, el Amor divino, Dios! Y eso sin límites...» (Carta 30-10-1935).

* * *



“Los jesuitas, dicen : ad majorem Dei gloriam,
pero yo digo : ad maximam Dei gloriam.»

* * *

«Nos, con firmísima esperanza y absoluta confianza, nos esforzamos en conseguir de la Bienaventurada Virgen María, que se digne otorgarnos

que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el universo entero, para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad, y se forme un solo rebaño y un solo pastor.»

(INNEFFABILIS DEUS)

Sobre la santa obsesión de amor a la Madre de Dios, nuestra Santísima Madre

ESPIRITUALIDAD Y ACTIVIDADES DE LA SOCIEDAD GRIGNION DE MONTFORT

JUAN LLADÓ MARTORELL
(Secretario de la SGM)

Conferencia pronunciada ante la Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret, Casa de Ejercicios de Sarriá. Barcelona, 13 de diciembre de 1982.

1. Reflexionando sobre el tema que podría interesar más a ustedes, y habiéndoselo pedido a la Santísima Virgen, elegí éste de la santa obsesión de amor a Ella. Entiéndase aquí por esta obsesión un *apoderamiento del espíritu por un amor grandioso, sereno, persistente e incontinente*. También trataremos de la Sociedad Grignon de Montfort tan relacionada con este tema y tan vinculada a la Madre de Dios.

2. Desde hace bastantes años, he considerado que esta forma de amor santamente obsesionado a nuestra Augusta y Santísima Madre correspondía quizás a *lo más recóndito del secreto* de la Verdadera Devoción, tantas veces estimado así por San Luis María Grignon de Montfort. Es un amor sumamente trascendente en el fondo; y está justificado y avalado también en su forma por el mismo Santo.

3. Pero, ¿qué puedo yo añadir a las enseñanzas sustanciales que los diferentes autores han aportado con sus comentarios y explicaciones de la doctrina montfortiana? Sin embargo, no voy a despreciar esta ocasión para señalar un hecho que verdaderamente llama la atención al revisar la *bibliografía montfortiana*.

4. Todos los que conocen «El Secreto de María» recordarán que al final del libro va un capítulo de gran importancia que tiene un título doble: «Cultivo y crecimiento del Arbol de la Vida, o en otros términos: *Manera de hacer que María viva y reine en nuestras almas*» (SM 69-77). Este capitulito contiene una introducción, siete breves puntos y una conclusión. A pesar de su importan-

cia, no hemos podido encontrar, por nuestra parte, comentario ni alusión alguna a este aspecto de la doctrina que está acentuadamente calificado por el mismo Santo autor.

5. Ni en el número especial extraordinario de la revista «Marie» canadiense, publicado en 1952 con ocasión del quinto aniversario de la canonización del Santo, que constituye un verdadero tesoro en la literatura montfortiana; ni en ninguna de las obras sobre Montfort de los mejores autores de que disponemos (Daniel, Hupperts, Plessis, Lhoumeau), hemos encontrado referencia alguna sobre los puntos de cultivo del Arbol de la Vida. El mismo P. Garrigou-Lagrange tampoco hace referencia a este tema en un artículo precisamente sobre «El Secreto de María». Posiblemente exista algún artículo sobre este asunto en alguna revista o libro, pero lo desconocemos. De todas maneras, *ya es significativa esta omisión* en la bibliografía no despreciable montfortiana que tenemos en la Biblioteca de la Sociedad Grignon de Montfort.

6. Intentemos dar alguna razón de esta ausencia y tratemos de comentar el segundo de los citados siete puntos (SM 71), que es el que contiene quizá el mejor consejo y máximo tesoro espiritual de la doctrina del Santo de Montfort. ¿Buena parte de sus hijos en religión pueden haberlo olvidado? ¿No se han atrevido a descubrirlo o citarlo por algún temor o riesgo? Veamos el texto que traducimos con la máxima fidelidad de la edición francesa (Seuil 1966): El alma donde este árbol se ha plantado (de la verdadera devoción) ha de estar *sin cesar ocupada* en guardarle y mirarle. Porque este árbol que es vivo y debe producir frutos de vida, quiere que se le cultive y haga crecer con el *continuo mirar* o contemplación del alma. Y éste es el negocio del alma que quiere llegar a ser perfecta, pensar en esto *continuamente*, aun de modo que sea ésta su *principal ocupación*. En las ediciones castellanas de «El Secreto de María» la palabra continuamente, «continuellement»,

* La Sociedad Grignon de Montfort está domiciliada en la calle Palau, 3, Barcelona.

figura traducida como «con frecuencia». Sin embargo, de las tres ediciones francesas que conocemos, en una de ellas figura también «d'y penser souvent». Nótese que el Santo, en tan pocas líneas, da cuatro énfasis a la misma idea. Quizá porque parece este texto una utopía, los comentaristas lo pasan por alto. Sin embargo, el Santo insiste cuatro veces seguidas en ello. Debe de tratarse de algo muy importante.

7. ¿No equivale este punto a una santa obsesión de amor? ¿Qué temor o riesgo puede haber en este amor trascendente? El mismo Santo de Montfort, en «El Secreto de María», advierte: «*Guárdate bien de hacerte violencia* para sentir y gustar lo que dices y haces; dilo y hazlo todo con la fe pura que María tuvo en la tierra, y que a su tiempo Ella te comunicará» (SM 50); «*Cuidado con atormentarte* porque no gozas tan pronto de la dulce presencia de la Santísima Virgen. No es para todos esta gracia... y cuando por su gran misericordia favorece Dios con ella, muy fácilmente el alma la pierde si no es fiel en recogerse con frecuencia» (SM 51). Esta es una actuación de perfecto abandono en la Divina Providencia. Efectivamente, no es para todos la presencia continua de Dios, esto es un don excepcional. Pero todos pueden alcanzar, como sabemos, un grado de presencia más o menos continuado, según sea el amor, el desprendimiento y la gracia de Dios.

8. No obstante, el gran apóstol de la verdadera devoción, el P. Nazario Pérez, S.J., en una nota en «El Secreto de María», cuya traducción es suya, refiriéndose a la unión con la Santísima Virgen, nos dice: «En virtud de este amor sobrenatural tenemos con María una *unión de presencia verdaderamente inefable*. Por parte de María no queda; siempre su amor maternal lo transporta al medio de nuestras almas. Plegue a Dios que por nuestra parte haya un *valeroso esfuerzo* para la unión con Ella y aun la unidad amorosa con esta Madre del Amor Hermoso» (SM 15, nota).

9. A las almas de fe viva y sacrificadas recomendémosles este *valeroso esfuerzo para la unión con María*, del que nos habla el santo P. Pérez; y alentémoslas a la práctica continua del cultivo del Arbol de la Vida (n.º 6), que con tanta expresión y entonación nos aconseja San Luis María. No será un ejercicio utópico ni inútil, si el alma es advertida de no hacerse violencia y de no atormentarse (n.º 7). Nada hay más contrario a este amor trascendente. Permítanme que sea reiterativo en un asunto tan importante, pues no se com-

prende fácilmente. No dejemos de infundir aliento y ánimo a estas almas para que, santamente obsesionadas por el Amor de Nuestra Santísima Madre, siendo la causa principal de este amor Jesús, sigan *sin temor* el consejo aparentemente irrealizable del Santo de Montfort. Hay aquí, sin duda, un secreto y una gran gracia en potencia que la Santísima Virgen desea dar a quienes se enamoren sincera y «locamente» de Ella, Madre de Dios y de nuestras almas, y Corredentora nuestra. De este punto de partida quizá saldrá el alma para siempre de la roedora tibieza. Jamás nuestra imaginación y sensibilidad encontrarán mejor ocupación que la de centrar nuestras actividades en la Inmaculada. A las poquitas almas que se encuentran con capacidad para tanta fe y amor, démosles esta gran oportunidad. No las atemorizamos. Tengamos todos presentes aquellas palabras de San Bernardo «*ipsa duce, non fatigaris*», que el P. Pérez traduce «pensando en Ella no te fatigas» (SM 39); y también aquellas otras de San Luis María: «No pensaréis jamás en María, sin que María por vosotros piense en Dios» (VD 225).

10. En este mundo impregnado de éxitos satánicos, el que recibe la gracia de este *enamoramiento inefable*, con toda probabilidad, si es fiel, recibirá la gracia de conservar profundamente en su corazón aquellas palabras del Apóstol: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?» Esta alma estimará en mucho la humildad de María y tendrá muy presente que «la humildad de María fue tan grande que *no ha habido en la tierra atractivo mayor y más constante para Ella que el ser desconocida de sí misma y de toda criatura, para no ser conocida sino de sólo Dios*» (VD 2-3). Por otra parte, aquella alma comprenderá fácilmente cómo un amor tan sobrenatural ha de ser muy fuerte, pero al mismo tiempo suave («fortiter et suaviter»).

11. Entrará el alma en su «*principal ocupación*» aprendiendo a hacer simultánea la ocupación exterior con la vida interior. En aras de este sublime y trascendente amor, ofrecerá el sacrificio primordial del cumplimiento del deber en su mayor perfección posible, primera voluntad de Dios para el alma; y no podrá menos de tender a saturar esta acción simultáneamente con la vida de presencia y unión de María, haciendo cada vez más compatibles las dos vidas, exterior e interior, sinérgicamente mejoradas en su coetaneidad. Los constantes y fervorosos deseos de amar más y más, dentro de la voluntad de Dios, le irán aproximando

do a la *oración continua*, a la que nos conducirá este amor grandioso y persistente.

12. ¿No puede suscitarse o promoverse la gracia inicial de los deseos de este enamoramiento inefable por una particular acción apostólica de alma a alma?

13. Tiene el alma de hacer caso omiso de los éxitos y fracasos de su *estado de firme tendencia hacia este continuo ejercicio*. Si esto hace y si se siente movida —como la aguja imanada que señala el norte— será santa su obsesión de amor y pronto no dejará de ser ésta maravillosa. ¿No existen más errores en la dirección espiritual por defecto de mística que por exceso...? Pero, ¿a dónde me lleva la pluma ante un auditorio tan santo y tan docto?

14. La consagración absoluta a Jesús por María, según Montfort, comprende un acto pasajero, renovable cuando se desee. Comporta la promesa de entrega del alma y cuerpo, y de los bienes exteriores e interiores, y de los méritos de la vida pasada, presente y futura. Pero el estado que inaugura nuestra consagración es un *acto permanente*, es decir, una dependencia mariana en todos los instantes. Este acto está expresado en la fórmula preposicional montfortiana: «por, con, en y para María en todas las cosas»; sin embargo, esta expresión se reduce en la práctica al consejo que indica el Santo en el segundo punto del cultivo del Arbol de la Vida: «*el continuo mirar o contemplación del alma*» (n.º 6).

15. Esta es la esclavitud mariana, en otras palabras: filiación suprema en santa obsesión de amor. Son *denominaciones*, incluida la palabra esclavitud, *irreductibles e insustituibles*, que pueden ayudar a entender mejor esta doctrina.

16. Es una práctica perfecta en sí como vía mística. La santa esclavitud de amor, como el Santo la enseña, se presenta como una espiritualidad completa, que puede parecer metódica sin serlo. En la doctrina de Montfort, el *único método* o «manera de hacer...» está en el punto que hemos señalado (n.º 4, 6) y no puede ser más simple; pero es sumamente intenso (SM 69-77).

17. Si se consideraran las prácticas interiores, que describe Montfort en el «Tratado» y en el «Secreto», como una doctrina metódica no vendría a todos. La fórmula «por, con, en y para» es un desarrollo maravilloso para conocer con profundidad la vida interior que exige, pero, insistimos, no es un método. Se trata de una composición, de un programa. Se consigue vivir aquella

«fórmula» solamente por obra del Espíritu Santo con deseos intensísimos de amor, que son más fáciles de lograr con aquella «*continua mirada*» (SM 71); y con aquel «*recurrir a María y apoyarse en su socorro, sin apoyo alguno humano*» (SM 70).

18. El conocido P. Faber, mucho antes de comenzar la traducción al inglés del «Tratado de la Verdadera Devoción», cuenta su propia *experiencia* a un amigo suyo: «He ensayado dos veces el vivir la verdadera devoción; una hace años, otra recientemente. Ensayé modelar toda mi vida sobre esta devoción a la Santísima Virgen, pero no pude hacerlo sin gran violencia y sin mucho sufrimiento interior.» Cuando el P. Faber quiso seguir punto por punto el supuesto método de aquella «fórmula» (por-con-en-para) no tuvo éxito y sólo consiguió inquietud en su espíritu; pero cuando se relajó de este rigor y actuó de una manera más amplia y más conforme a su temperamento y a sus atractivos, consiguió grandes beneficios de esta devoción, y fue un gran entusiasta propagador de esta doctrina (Daniel, 421-2).

19. Ni el P. Faber, ni el historiador (Daniel 421-2) que relata el hecho, hacen referencia alguna al cultivo del Arbol de la Vida, que contiene el único código de San Luis María, que es todo amor: «Manera de hacer que María viva y reine en nuestras almas.» Es simplicísimo, comparable al «Ama y haz lo que quieras» (San Agustín). La Santísima Virgen no pide ser servida metódicamente, sino con un amor sin medida («continua mirada»). Y *un amor verdadero a tal Reina y Madre no puede menos que ser santamente obsesionado*. La única referencia al libro «El Secreto de María» que hace el historiador del citado caso del P. Faber, es en relación al n.º 1 de esta obra, en su primera página, y es errónea la explicación que da del texto que comenta: «La importancia de este secreto se mide por el uso que de él se hace. Cuidado con cruzarte de brazos.» (SM 1). (Inmediatamente antes, dice: «Que te valgas de él.») Este texto sólo puede interpretarse así: Este secreto será tanto más importante cuanto más se use. Además, lo ilustra el Santo al añadir: «Cuidado con cruzarte de brazos.» El historiador, relacionando el texto con la experiencia ocurrida con el P. Faber, interpreta el texto: La importancia de este secreto se mide según la forma de usarlo, cada uno según su manera de ser.

20. Precisamente este texto (SM 1), que se halla en la 2.ª condición de las tres con que confía

el secreto el Santo, refleja una característica de su doctrina que viene muy al caso, y que hemos llamado del «tanto-cuanto». Son frecuentes los pensamientos o frases de nuestro Santo que corroboran lo que decimos: «Cuanto más halla (el Espíritu Santo) a María... es tanto más activo y poderoso para producir a Jesucristo en esta alma» (VD 20); «El Espíritu Santo se comunica a esta alma con abundancia, tanto cuanto ella da cabida a su Esposa...» (VD 36); «Cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones... más perfectamente encontraréis a Jesucristo» (VD 165); «Cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo» (VD 120); «Cuanto más dejes a María obrar en la Comunión, tanto más será Jesús glorificado; y dejarás tanto más obrar a María para Jesús... cuanto más profundamente te humilles...» (VD 273); «Cuanto más ganes la benevolencia de esta Augusta Princesa y Virgen fiel, tanto mayor será la pura fe que guiará todos tus actos» (VD 214); «Tanto más perfectamente (el Espíritu Santo) las une con El, cuanto con Ella están más unidas (las almas)» (SM 20); etc. Queda claro simplemente que «la importancia de este secreto se mide por el uso que de él se hace».

21. Si el alma sigue el consejo práctico de cómo cultivar el Arbol de la Vida con aquella *continua mirada de amor*, acabará practicando mejor «en todas las cosas por, con, en y para María». Ahora bien, si el alma está advertida por el mismo Santo —como ya lo hemos indicado (n.º 7)— y si, por otra parte, ha estudiado y reflexionado sobre las páginas que hermosamente explican la verdadera devoción en los libros de San Luis María, claramente inspirados por el Espíritu Santo, encontrará grandes facilidades para vivir la consagración absoluta a Jesús en María, en sus aspectos de intercesión de María (por), imitación (con), unión (en) y apostolado mariano (para). No obstante, *el alma fiel y humilde no conocerá su aprovechamiento y por tanto no podrá quedar jamás satisfecha*.

22. La santa obsesión de amor sí podría ser para todos, como lo debería ser también para todos el pasaje evangélico de San Lucas (X, 27), que nunca meditaremos suficientemente: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente.» ¿No refleja esto también un amor santamente obsesionado? La dificultad de vivir la esclavitud mariana de amor es inferior a la dificultad de vivir este

Evangelio sin María. El mismo Santo de Montfort nos lo dice: «este camino es más corto, fácil y seguro», para llegar a Jesucristo y por El al Padre (VD 55).

23. Antes de volver sobre este punto, conozcamos el alcance e importancia de la espiritualidad montfortiana y su imponderable valor teológico; y, por otra parte, cómo esta doctrina puede estar más al alcance de las almas de lo que se piensa. Veamos, primero, algunos aspectos de la *personalidad del Santo* y algunas de las *características de su doctrina*.

24. Se dice que si San Luis María Grignion de Montfort hubiera muerto a los 22 años, nos hubiera dejado una imagen muy parecida a la de San Luis Gonzaga. «Lo hallaban en continua oración, con los ojos bajos; no gustaba más que de Dios y todo su placer era hablar con la Santísima Virgen.» El Santo confesó un día a un amigo suyo que el Señor le había concedido una gracia muy especial: «la *presencia de Jesús y de María en lo más profundo de su alma*». Esto hace pensar con cuánta unción escribiría aquel texto: «Jamás hay que acudir a Nuestro Señor, sino por medio de María, por su intención y su crédito para con El, *de suerte que nunca le hallemos solo cuando vayamos a pedirle*» (SM 47). En otra ocasión manifestó: que «María le estaba tan íntimamente unida que no podía moverse sin actuar sino en Ella, por Ella y para Ella». Es un loco, se decía a veces, oyéndole hablar, y sobre todo viéndole vivir. Era una forma de locura escogida por el servidor y esclavo de María, que fue ante todo, esclavo de la Sabiduría crucificada. En uno de sus cánticos, dice: «Oh Sabiduría, ven, el pobre os lo pide; por la sangre de mi dulce Jesús no seremos confundidos! ¿Por qué prolongáis tanto mi martirio?; ¡yo os busco noche y día! Venid, mi alma os desea... Si no queréis que os pertenezca, dejadme que os importune; dejadme siempre en la pena de buscaros sin encontraros.» (Cánt. 74, 1-3). También hallamos frases como éstas: «Yo no amo más que a Jesús; no amo más que a María. Que no se hable de otro amor en la vida; prefiero morir que vivir sin ser todo de María.» Desde niño Montfort había comenzado a «respirar a María» en una atmósfera de una familia profundamente cristiana.

25. Era San Luis María, como observa otro historiador, una de estas almas que se gozan en medirse con los obstáculos, en romper las resistencias, en desafiar la fatiga, el dolor y la muerte. Estaba tan enamorado de la Cruz y la tenía en

tan gran estima y fortuna que era frecuente oír o leer de él felicitaciones como ésta: «Te deseo un año lleno de cruces y de desprecios.» Estaba convencido de que *el secreto de la Sabiduría es la Cruz* y que *la Cruz es la Sabiduría*. «¡Oh, si uno comprendiera a fondo —decía— que es imposible llegar al espesor de la Sabiduría sin penetrar en el espesor del sufrimiento, de mil maneras haría de ella su alegría y la desearía! El alma que desea para todo bien la Sabiduría, desea para todo bien hundirse en el espesor de los trabajos y dolores del Hijo de Dios.»

26. Fue una *vida centrada en el Evangelio*, mortificada como la de los anacoretas, devorada por el cuidado de las almas, con un gran amor a los pobres y desgraciados, con un celo incandescente por la gloria de Dios; y una devoción a María completamente singular y santamente vehementemente. Fue el Padre de los pobres, el valiente soldado de Cristo apóstol de la Cruz y del Rosario, ministro ferviente de la Eucaristía, caballero de la Inmaculada, misionero infatigable, profeta y taumaturgo.

27. La *doctrina montfortiana* es antigua en su fondo, nueva en su forma y difusión. Esta misma paradoja ocurrió con Santo Domingo, con el Santo Rosario; y con Santa Margarita María, con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Nos dejó San Luis María una doctrina que tiene un marcado carácter tradicional; y, por otra parte, una originalidad profunda, fruto de su temperamento, de sus experiencias personales y, sobre todo, de una gracia especial del Espíritu Santo que él mismo no puede disimular.

28. Debería señalarse que *la doctrina montfortiana es un descubrimiento de mayor perfección*, que no sólo es compatible con todas las espiritualidades (benedictina, dominicana, franciscana, carmelitana, ignaciana, oratoriana, etc.), sino que a todos despierta las verdades de la Fe y ayuda a reavivarlas, viéndolas vestidas de formas nuevas. Montfort ha sabido hacer que se diga una vez más: «Nunca había hablado así un hombre.» He aquí la grandeza, la originalidad, la inmortalidad de San Luis María Grignon de Montfort.

29. Decía el cardenal Gomá que *la espiritualidad montfortiana es verdaderamente sublime para vivir las verdades del cristianismo*; Montfort es el sistematizador y el apóstol de la piedad mariana. Su forma nueva permite unir armoniosamente los elementos que la integran con la fuerza de espíritu de santo y de teólogo.

30. Basta un poco de reflexión para ver la íntima relación que existe también entre la verdadera devoción o esclavitud mariana y la *infancia espiritual*.

31. Las tres *obras fundamentales* de Montfort, el «Tratado de la Verdadera Devoción», «El Secreto de María» y «El Amor de la Sabiduría Eterna» son complementarias. «El Secreto de María» sintetiza en forma distinta la doctrina del Tratado y presenta un sencillo y maravilloso código práctico que conviene a todos y que, como hemos dicho, parece haber sido subestimado. El Tratado se ha comparado justamente, por su importancia, al Kempis y al libro de los Ejercicios de San Ignacio. «El Amor de la Sabiduría Eterna» refleja la espiritualidad del Santo en su maravillosa vida, simbiosis de los Misterios de la Cruz y de María.

32. Es un hecho incontestable que Montfort, por las disposiciones de la Divina Providencia, ha sido prácticamente para el mundo el *Heraldo del Reino de María*, que ha de preceder al de Cristo, y el doctor y propagador de la consagración absoluta a Jesús en María. Montfort tiene una función inmensa en nuestros días, ya que *no es por una devoción mariana cualquiera que el triunfo de Cristo y de su Iglesia se conseguirá, «sino por medio de esta devoción a la Santísima Virgen —decía— que yo enseñé y que no hago más que descubrir a grandes rasgos empequeñeciéndola con mi miseria»* (SM 58).

33. Parece que tenemos más que indicios de que San Luis María tuvo el sentimiento de haber *nacido para grandes cosas*, y no podía disimular, como hemos dicho, que se sentía movido por el Espíritu Santo. En el mismo Tratado, dice que el Espíritu Santo se ha servido de él para escribir el libro. Tenemos muchas razones para creerlo así.

34. El *Reino de María*, objeto de las profecías de Montfort, escritas en un tiempo en que no podía sospecharse (principios del siglo XVIII), lo vemos de la manera más sorprendente parcialmente realizado ante nuestros ojos. Lo vemos en la afirmación diaria de la literatura religiosa y por los mismos Papas. Nuestra época, desde hace más de un siglo, es la de las apariciones y manifestaciones marianas, frecuentemente reconocidas por la Iglesia. Piénsese en las apariciones de la Rue du Bac (Medalla Milagrosa), La Salette, Lourdes, Pontmain, Fátima, Beauraing, Banneux, etc. En el espacio de 100 años, hemos tenido dos definiciones dogmáticas marianas: la Inmaculada y la Asun-

ción. Asimismo, piénsese en las 12 encíclicas marianas de León XIII, los célebres documentos de San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Paulo VI; y ¿qué decir de Juan Pablo II con su acendrada característica mariana y su lema montfortiano «Totus tuus»? No es posible olvidar la aportación mariana excepcional del Concilio Vaticano II, la mejor, sin duda, como documento mariano de toda la historia de la Iglesia.

35. Es cierto que la *obra doctrinal* de San Luis María Grignion de Montfort está marcando más y más la vida cristiana, la santidad, la espiritualidad de nuestro tiempo en los individuos y en colectividades enteras. Desde hace tiempo, la doctrina de Montfort adquirió derecho de ciudadanía en las obras de ascética y mística.

36. Dos nombres parecen dominar la era de María: *Fátima* y *Montfort*. El primero contiene un mensaje de actualidad a los hombres; el segundo fue el corredor avanzado de este mensaje e intérprete fiel del mismo. Fátima anuncia el triunfo del Corazón Inmaculado de María y es hacia este triunfo y a este apostolado que nos conduce la espiritualidad montfortiana. Esto es lo único necesario. Una mirada al mundo actual nos hace ver que este triunfo requerirá maravillas de la gracia.

37. Parece, pues, que la Divina Providencia va indicando claramente que Montfort en esta hora ha de representar un papel de primer plano. Nosotros vamos a su escuela, en donde deseamos aprender a darnos integralmente a la Indisoluble Asociada de Cristo, su Santísima Madre y Madre nuestra, y deseamos hacer que otros muchos lo hagan; y, asimismo, reconocer el lugar que le corresponde en nuestras vidas. Allí, en esta escuela, la vida espiritual será notablemente enriquecida y nuestro apostolado será insaciable e irresistible. Esta escuela es la *Sociedad Grignion de Montfort* llamada a facilitar la extensión del Reino del Inmaculado Corazón de María.

38. El 17 de enero de 1980, en Barcelona, quedó constituida privadamente esta asociación, que ha reunido su primera asamblea general en mayo de este año de 1982. Hoy tiene ya sus estatutos prácticamente aprobados. En aquella fecha de 1980 se reunieron unas 80 personas, en la *Real Capilla de Nuestra Señora de la Victoria*, para orar y manifestar sus deseos de asociarse.

39. Nació la SGM en pleno pontificado de Juan Pablo II, el cual, siendo especialmente devoto de la Santísima Virgen, vive y recomienda la *Esclavitud Mariana*, según el espíritu de Montfort.

La SGM ha sido promovida por un grupito de personas esclavas de María Inmaculada, que durante años se reunían en privado con ideales semejantes a los que hoy reflejan los estatutos de la Sociedad.

40. Parecía fuera de lugar, desde un punto de vista humano, presentar para su desarrollo unos *programas de apostolado* muy ambiciosos sin contar con medios de ninguna clase. Pero, definidos y aprobados los programas que la Santísima Virgen inspiraba, aparecieron por arte de magia divina los bienhechores. Surgieron, asimismo, colaboradores asiduos, almas entregadas por completo a Jesús por María.

41. En las actividades de la Sociedad se distinguen 12 aspectos de programas, que incluimos en las 12 estrellas con que es coronada la Virgen de la Victoria de Palau, en donde tiene los locales la SGM, cedidos por la Compañía de Jesús, en el mismo edificio de su residencia. En esta ocasión, los *padres jesuitas* que habían siempre defendido al padre Montfort en sus dificultades y persecuciones, lo han hecho ahora de nuevo. Señalamos de paso que San Luis María fue alumno de los jesuitas y no ha dejado de explotar la herencia de sus maestros.

42. Veamos, en líneas generales, los principales objetivos de las actividades de la SGM. En primer lugar, hemos de llamar la atención sobre los *Grupos de Esclavitud Mariana de Oración y Estudio*, pues constituyen la energía y motor de la Sociedad. Estos Grupos, al carecer de antecedentes históricos, se han tenido que experimentar largamente para dar lugar a unas normas o reglamento provisional. El primer grupo piloto lleva en esta experiencia cerca de tres años. En la actualidad, todos los lunes y jueves, a las 17.30 horas, en Palau, se reúnen los grupos piloto I y II. Las personas interesadas en formar parte de los grupos de esclavitud mariana, pueden presentarse en uno de estos días a la hora indicada, o pueden solicitarlo por escrito. Después de alguna experiencia propia, deciden su incorporación definitiva.

43. Como se decía en la circular 37 de la SGM, la espiritualidad montfortiana sintoniza, en la misma onda de la consagración absoluta a María, con la espiritualidad del polaco San Maximiliano Kolbe, recientemente canonizado. La *Milicia de la Inmaculada* del P. Kolbe tiene mucho que ver también con aquel «gran escuadrón —al que se refiere Montfort— de ansiosos y valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al diablo y a la naturaleza corrom-

vida, en tiempos de peligros que vendrán como jamás hemos visto» (VD 114).

44. La «academia militar» de esta milicia y gran escuadrón, y del mismo «Ejército Azul» —como ha confesado un alma selecta muy vinculada a éste— la forman los *Grupos de Esclavitud Mariana*, cuyo desarrollo está actualmente consolidando la SGM. En estos grupos es urgente prender en las almas un fuego devorador, que es aprehendido maravillosamente a través de la doctrina montfortiana. El fruto que obtienen las personas participantes es evidente.

45. Se conocen estos grupos por el nombre de GEMs (Grupos de Esclavitud Mariana) y su lanzamiento masivo, con la ayuda de Dios, tendrá lugar tan pronto se disponga del *manual* que ha de contener el reglamento. El contenido de este manual está inspirado en el texto de San Luis María que figura en SM 4: «Los medios de salvación y santificación son de todos conocidos: señalados en el Evangelio, explicados por los maestros de la vida espiritual, practicados por los santos.» Contendrá, pues, los principios fundamentales de la espiritualidad cristiana; es decir, la doctrina espiritual de Jesús y de los Apóstoles. Una segunda parte comprenderá la doctrina resumida de los grandes maestros de la vida espiritual (San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, San Buenaventura, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, Santa Teresita del Niño Jesús, Beato Enrique Susón y San José). La doctrina espiritual de San Luis María Grignon de Montfort precederá al reglamento de los GEMs, lo que constituirá la parte tercera de este manual. Se ha utilizado como fuente de información los resúmenes doctrinales preparados magistralmente por el P. Royo Marín, de todos conocido.

46. La siguiente expresión de San Luis María justifica la existencia y desarrollo de estos grupos: «*Muchas personas he hallado que con admirable entusiasmo se han sometido a tan santas esclavitudes exteriormente, pero muy pocas que hayan cogido el espíritu de esta devoción, y menos todavía que hayan perseverado en él.*» (SM 43).

47. En relación a cuanto llevamos dicho sobre la santa obsesión de amor a la Santísima Virgen, para que nuestra consagración absoluta a Jesús por Ella sea lo más eficaz posible, y ante esta difícil perseverancia observada por San Luis María, ¿no deberíamos insistir en las almas en esta forma de amor que merece la Madre de Dios en

su acción santificadora, para promover más fácilmente una reacción impetuosa de la gracia divina con vistas a una perseverancia más segura? Creemos que hoy tenemos razones para pensar que no existe riesgo de ninguna clase, ni temor alguno, para que las almas que se hallan instruidas y advertidas por el mismo Santo, y que obran con *fe pura* y espíritu de *mortificación cristiana*, se lancen a ejercitarse a fondo en la doctrina que encierra aquel 2.º punto del cultivo del Arbol de la Vida, cuya comprensión y aplicación práctica es el objetivo principal del presente trabajo, especialmente por lo que se refiere a los Grupos de Esclavitud Mariana.

48. La *edición y distribución de las obras de San Luis María* constituye también uno de los principales fines de la SGM. Hasta ahora se han editado en menos de tres años 69.000 ejemplares de libros del Santo. Es de notar que «El Secreto de María» y «El Secreto Admirable del Santísimo Rosario» se hallaban agotados desde hacía muchos años. Se han editado 32.500 ejemplares de «El Secreto de María»; 15.000 del «Tratado de la Verdadera Devoción»; 12.000 de «El Secreto Admirable del Santísimo Rosario», y 10.000 ejemplares del «Examen de Conciencia del Esclavo de Amor de Jesús en María». El autor de este último, P., J. M. Hupperts, smm, nos autorizó la edición española. Se han editado también diversas estampas, folletos, dos ediciones del «Manifiesto de la SGM» y otros impresos.

49. Los libros se envían por toda España y a los países hispanoamericanos. En forma prácticamente exhaustiva se han distribuido a todos los seminaristas españoles y a muchos seminaristas americanos, de manera que cada seminarista dispone de su propio ejemplar del «Tratado» y del «Secreto». Se ha facilitado así el apremio de aquella «Carta sobre algunos aspectos más urgentes de la formación en los seminarios» (6-I-1980), de la Sagrada Congregación de Seminarios. En esta carta se recomienda a todos los seminaristas del mundo una devoción interior a la Santísima Virgen... tal como San Luis María Grignon de Montfort la ha presentado como un secreto.

50. A través de los socios y de la circular de la SGM, y de las asociaciones marianas, se van propagando los libros. Esta acción da lugar a *continuas peticiones de libros* por parte de comunidades religiosas, colegios, parroquias, seminarios, sacerdotes, asociaciones, además de los pedidos de particulares.

51. Actualmente, se está procediendo a la *distribución de libros* a las comunidades contemplativas de toda España; y se acelera el programa de distribución a las parroquias también de todo el país, lo que supone un trabajo y una inversión muy grandes, mayormente teniendo en cuenta que los libros, según el caso, se regalan o se venden al exacto precio de coste, pues la SGM no puede ni debe, por sus estatutos, tener fines lucrativos.

52. En relación con el programa de las *parroquias*, ha de señalarse que se dispone de las Guías de la Iglesia correspondientes a todas las diócesis de España. Las que no disponían de guías impresas nos han enviado las relaciones actualizadas de los párrocos. Esto facilita el trabajo, pues son muchísimos los párrocos que atienden a varias parroquias.

53. Es sumamente consolador el hecho de las *continuas cartas* que se reciben en la Secretaría de la SGM, procedentes de toda España, de personas que manifiestan con particular moción el bien espiritual que han recibido de la lectura y aplicación de la doctrina del Santo. Algunas de estas personas comunican con gozo que su vida ha cambiado y que han abrazado la esclavitud mariana.

54. Uno de los medios más eficaces de que dispone la SGM para propagar la verdadera devoción a la Santísima Virgen es la *circular mensual*, que se distribuye gratuitamente por toda España. Este medio informa de las actividades de la Sociedad, y sobre todo hace hablar a San Luis María, recordando a todos su doctrina maravillosa. Es, además, un vínculo de unión y de convocatoria de los actos, y es un humilde medio de penetración del espíritu de María.

55. La SGM está llamada, sin duda, a acelerar la aparición de los *apóstoles verdaderos de los últimos tiempos*, que han de extender por todo el mundo el *Reino de María*. Esta profecía de Montfort ha llamado la atención en todo el mundo cristiano.

56. En «El Secreto de María» se sitúa el Santo desde el punto de vista de la santificación de las almas y se dirige a ellas en una forma personal. En el «Tratado de la Verdadera Devoción», escrito 10 años más tarde, amplía el horizonte; y orienta la santificación de las almas hacia la glorificación o Reino de Dios por su Cristo. Es por ello que *las generaciones cristianas han de abrazar esta doctrina y han de orientarse fuertemente hacia el triunfo del Inmaculado Corazón de María*.



SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT

El «Tratado de la Verdadera Devoción» se apoya por completo, en el orden de finalidad, en este pensamiento con el que comienza y termina la introducción del libro: «Jesucristo ha venido al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por medio de Ella debe también reinar en el mundo.» El Santo concluye diciendo: «Mi corazón ha dictado todo lo que acabo de escribir con un regocijo particular, para demostrar que la divina María ha estado desconocida hasta ahora, y que es una de las razones por las cuales Jesucristo no es conocido como debe serlo. Si, pues, como es cierto, el Reino de Jesucristo ha de venir al mundo, no será sino consecuencia necesaria del conocimiento del Reino de la Santísima Virgen María, que le trajo al mundo la vez primera y le hará resplandecer en la segunda venida.» He aquí la *tesis total de Montfort*:

- 1) El Reino de Cristo vendrá ciertamente.
- 2) Este Reino llegará como consecuencia necesaria del Reino de María.
- 3) De hecho este Reino de la Santísima Virgen se establecerá en el mundo.
- 4) Este Reino de María se establecerá por la práctica más universal de la perfecta devoción a María.
- 5) Este Reino de Cristo por María se sitúa particularmente en los últimos tiempos, cuando los grandes hombres que vendrán realizarán maravillas por la perfecta devoción a la Santísima Virgen.

57. ¿Quién no se da cuenta de la *importancia inmensa de estas afirmaciones*? El Reino de María, para su extensión y consolidación, tendrá un medio decisivo: la verdadera devoción como nos la presentó San Luis María Grignon de Montfort como un secreto. Es decir, cuando ya deje de ser un secreto para muchos comenzará Cristo a reinar en el mundo.

58. La Sociedad Grignon de Montfort no sólo está justificada sino que *viene a llenar un gran vacío en el catolicismo actual*. Es fácil comprender que su misión es muy importante, trascendente.

59. La SGM, pues, *debería hacer todo lo posible para merecer poder reunir los mejores recursos espirituales* para movilizarlos hacia la extensión del Reino de María hacia Cristo.

CONCLUSION :

60. A) Al parecer, en la bibliografía montfortiana y en la práctica apostólica mariana, durante años, ha sido misteriosamente subestimado, a pesar de la importancia que le dio el Santo autor, el capítulo último de «El Secreto de María»: «*Cultivo y Crecimiento del Arbol de la Vida*», o en otros términos: *Manera de hacer que María viva y reine en nuestras almas*», especialmente por lo que se refiere al segundo punto (n.º 6 del presente trabajo): «*Continua mirada del alma* (SM 71), equivalente a una *santa obsesión de amor a la Madre de Dios*.»

61. B) Esta «Manera de hacer...» (SM 71), recomendada por San Luis María Grignon de Montfort, y apoyada y asegurada en sus efectos plenamente por el mismo Santo, con sus propias advertencias (SM 50-51), sin riesgo ni temor alguno, *se descubre ser probablemente el elemento más importante* y hasta ahora el más secreto de la doctrina montfortiana (n.º 7).

62. C) Esta «continua mirada o contemplación del alma» a la Inmaculada, en la forma expresada por el Santo, *debería constituir un ideal dominante universal*, principalmente en la *formación de los Grupos de Esclavitud Mariana de Oración y Estudio*, que promueve la SGM; y en su designio de facilitar la extensión del Reino de María, que ha de preceder al Reino de Jesucristo, esta práctica puede ser esencial.

63. NOTA BENE:

Es probable que estas conclusiones sean objeto de disconformidad y aun de persecución por parte del mal espíritu, que no quiere dejar ver cómo el Espíritu Santo va descubriendo poco a poco a María Inmaculada, el «alma Mater, Madre oculta y escondida, como la llaman el Espíritu Santo y la Iglesia» (VD 2); y lo mismo puede decirse de la doctrina de la perfecta devoción a la Santísima Virgen.

Como sabemos, el manuscrito del «Tratado...», después de la muerte del Santo permaneció «sepultado en el silencio de un cofre», como lo había profetizado él mismo, y estuvo así oculto durante más de cien años; y no deja de tener también su misterio el silencio que se observa en la bibliografía montfortiana precisamente sobre uno de los puntos o aspectos más importantes del libro de «El Secreto de María»; por otra parte, llama la atención, asimismo, el silencio aun del mismo Santo en su libro «Tratado de la Verdadera Devo-

ción», en relación con el mismo punto referido del citado libro (SM) que había escrito diez años antes. En el Tratado hace sólo cuatro referencias, y aún lo hace muy de pasada. En una de éstas (VD 218), al señalar el 6.º y último efecto maravilloso de esta devoción, dice: «Si cultivas a María, que es el Arbol de la Vida de nuestra alma, siguiendo con fidelidad la práctica de esta devoción, Ella dará su fruto en su tiempo y este fruto suyo es Jesucristo.» Quizá por no haber podido el Santo ultimar su manuscrito quedó de esta forma. Recordemos que la muerte sorprendió al Santo en una de sus misiones. No obstante, la doctrina expuesta en el Tratado refleja claramente el mismo espíritu de devoción santamente vehemente que contiene la «continua mirada del alma» (SM 71). Puede verse este espíritu especialmente identificado ya en el punto anterior al que acabamos de referirnos (VD 218), es decir, en VD 217, 5.º efecto maravilloso: «El alma de la Santísima Virgen se os comunicará para glorificar al Señor.» Aquí en este punto es donde precisamente manifiesta este mismo espíritu al exponer uno de sus más bellos pensamientos sobre el Reino de María: «¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran al aire? ¿Cuándo llegará este tiempo feliz... en que las almas absorbiéndose en el abismo de su interior, lleguen a ser copias vivientes de María para amar y glorificar a Jesucristo?»

Desearíamos, finalmente, señalar en esta nota la importancia que podría tener para todos el *examen diario* sobre nuestra vida de esclavitud mariana, particularmente de este elemento esencial de la *santa obsesión de amor al Inmaculado Corazón de María*, que ha de traernos el Reino del Sagrado Corazón de Jesús. Este examen, aun identificándose con el «Examen de Conciencia del Esclavo de amor de Jesús en María», del P. J. M. Hupperts, que distribuye la SGM, puede resultar más simple. La santa obsesión de amor encierra un contenido verdaderamente inefable en la práctica de la vida interior mariano-cristiana.*

64. El tema de este trabajo, requiere finalmente, una nueva atención al texto incluido en la

visión profética del Santo: «¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en este lugar de miseria, en que, encontrando el Espíritu Santo a su amada Esposa como reproducida en las almas, vendrá sobre ellas abundantemente y las colmará de sus dones, y particularmente del don de la sabiduría para obrar maravillas de la gracia» (VD 217). San Germán de Constantinopla había dicho que «de la misma manera como la respiración es el signo de vida del cuerpo, la devoción a María es el signo de vida de las almas». Pero aquí el Santo de Montfort va de las lejos: «no es sólo la devoción a María lo que regula la respiración del alma; el alma devota de María debería respirar a María como los cuerpos respiran el aire. El pensamiento de María, el amor de María, la vivifican como el aire purifica, renueva y vivifica los cuerpos» (Plessis 345).

65. Según San Luis María, la verdadera devoción es el mejor medio de adquirir la divina Sabiduría, Cristo Nuestro Señor, y *es necesaria la unión de las almas con María para que el Espíritu Santo haga maravillas*. En esto vemos realizada la doctrina. En donde esta unión es impulsada al grado supremo, la acción del Espíritu Santo será soberanamente eficaz, y esto es lo que sucede en el caso de la esclavitud mariana de amor, filiación suprema en santa obsesión de amor.

66. Ante este sublime ideal del Reino de Cristo por el Reino de la Inmaculada, no podemos menos que invocar al Santo Patriarca con aquella *avemaría josefina* compuesta por el mismo Santo de Montfort: «Dios te salve José, hombre justo, la Sabiduría está contigo, bendito eres entre todos los hombres, y bendito es Jesús, fruto de María tu fiel Esposa. San José digno padre nutritivo de Jesucristo, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.»

67. Permítanme ustedes, para terminar, que recuerde aquellas palabras de San Antonio María Claret: «La Santísima Virgen María se valió del *borrico* cuando fue a Belén, para alumbrar a su Hijo Jesús y cuando se fue a Egipto para librarle de Herodes. Yo me ofrezco también a María Santísima para llevar con gusto y alegría su devoción y practicarla en sus excelencias, en sus gozos y en sus dolores, y, además, meditaré día y noche en esos santos y adorables misterios» (Autobiogr. 668).

* Esta santa obsesión de amor a la Inmaculada incluye una disposición firme del alma, universalísima e íntima a la Verdad (humildad), intensa y continua. Será una disposición habitual que tenderá a conservar incesantemente la presencia de Dios (Jesús en María).



SAN JOSE PATRIARCA DEL PUEBLO DE DIOS

Jesús, y su conexión con el matrimonio del «hijo de David» con María, la Virgen Madre, «de la cual nació Jesús que es llamado el Cristo». El punto de partida de toda la investigación, presentada como tesis doctoral en la Facultad de Teología de Barcelona (sección de San Francisco de Borja), es, en palabras del mismo autor, la fe del pueblo de Dios.

La tesis nos eleva a contemplar la altura en que Dios colocó a San José en su plan de salvación del género humano: «Es una visión incompleta del plan de Dios, escribe el autor de las conclusiones, la que vería a María asociada a Cristo cual nueva Eva, si prescindiese de ver a Cristo como la simiente de Abraham, el hijo de David al que se promete el Reino y, con él, el sacerdocio eterno. El cántico de acción de gracias de María, «la Virgen desposada con un varón de la casa de David llamado José», recuerda las promesas hechas a Abraham y a su linaje, y el Ángel le anuncia para «lo santo que nacerá de Ella» la herencia de su padre David. Por esto la paternidad del Patriarca José sobre Jesús sería inadecuadamente concebida si se la considerase sólo como una asociación, por razón del matrimonio, a la maternidad divina de María. Pensar en José como «el Esposo de María», la Madre de Jesús, es algo ilegítimo con tal de que no cierre el camino a una

Editado por el Centro Español de Investigaciones Josefinas, de Valladolid, se ha publicado la obra «San José, Patriarca del pueblo de Dios», * de Francisco Canals Vidal, redactor de nuestra revista y catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona.

El libro consta de dos partes. La primera es la investigación propiamente dicha cuyo tema nuclear es el de la paternidad de San José sobre

* «San José, Patriarca del pueblo de Dios», Francisco Canals Vidal. Centro Español de Investigaciones Josefinas. Valladolid, 1982. 566 págs. Distribución: Publicaciones Schola, S. A., calle Lauria, 19, 2.º. Barcelona-10. Centro de Investigaciones Josefinas, PP. Carmelitas Descalzos, Encarnación, 1, Valladolid. Precio: 800 pesetas.

consideración más completa y bíblicamente fundada que no desconozca su misión paterna en la familia de Nazareth. La antigua festividad litúrgica era principalmente la fiesta del Esposo de María. La actual liturgia contempla en José a aquél a quien se confiaron los primeros misterios de la salvación de los hombres, y en quien se realizaron las promesas hechas a David y a Abraham; el que, poniendo de manifiesto su fe por sus obras, dio paso con su obediencia y su silencio a la encarnación de la Palabra de Dios.»

La segunda parte del libro es una antología de textos josefinos. La recopilación documental reúne testimonios de la fe de la Iglesia en los documentos del Magisterio (desde Pío IX hasta Juan Pablo II) y en el desarrollo de la espiritualidad y de la doctrina y en las tradiciones de los pueblos cristianos (como, por ejemplo, San Agustín,

San Bernardo, J. Gerson, Pedro J. Olivi, San Bernardino, Santa Teresa de Jesús, F. Suárez, San Leonardo Murialdo, Ramière, Torras i Bages, Santa Teresita del Niño Jesús, Escrivá de Balaguer, Wojtyła, etc.).

El libro va prologado por don Marcelo González Martín, quien escribe que «el primer mérito de esta obra es el de ser una Teología al servicio de la fe del pueblo de Dios» y, más adelante, «la fe de los fieles que saluda a San José como Patriarca, y las declaraciones de los Papas que ven en aquél que protegió y cuidó de la familia de Nazareth, el Protector Ecclesiae, ha encontrado en la liturgia su justa correspondencia y en esta tesis del doctor Canals la más adecuada y servicial fundamentación».

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

NOTA BIBLIOGRÁFICA

MIGUEL NICOLAU, S.I., *SUBIRE AL MONTE SANTO: LA MISA. Reflexiones litúrgico-ascéticas para vivir la misa*. Edit. «Apostolado Mariano», Recaredo 34, Sevilla (3); 192 págs., 16,5 × 11,5 cm. Dos portadas a todo color; 200 ptas.

Con base intuitiva, siguiendo cada uno de los ritos visibles de la misa (manera muy apta para que el pueblo capte la doctrina) se explican en este libro cada una de las ceremonias y frases del ordinario de la misa; v. gr. por qué el sacerdote besa el altar, por qué se santigua, por qué hace con los asistentes la confesión de sus pecados, por qué los «kyries», por qué el «Gloria», por qué las lecturas de los profetas, apóstoles y Evangelio; por qué y cómo debe ser la homilía; por qué el «Credo»... Después de la «liturgia de la palabra» se declaran a continuación los ritos de la «liturgia eucarística» con todo detalle: los del «ofertorio» del pan y del vino (por qué se mezcla un poco de agua con el vino, etc.), los del «lavabo»; siguen los ritos y ceremonias del Prefacio y de la Consagración; los de la oblación de los dones consagrados; los del Pater Noster y Comunión, etc. Todos y cada uno de estos ritos vienen explicados en su origen y en el sentido que hoy alcanzan; y lo que

es todavía más: se desentraña la actitud ascética y espiritual que cada rito pide del celebrante y del que asiste a la misa; actitudes de oblación y de inmolación respecto de Dios; de fraternidad respecto de los hermanos; de gozosa esperanza en los frutos de la comunión, etc. Estas consideraciones y actitudes que la misa reclama y que promueve para una vida espiritual sólida son las que desarrolla el autor con estilo claro, preciso y sugerente. Son puntos de mediación ofrecidos por el teólogo en retiros sacerdotales o en catequesis.

Según el Cardenal Primado, presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, que prologa la obra, en ella «brilla la precisión doctrinal propia del maestro, la sencillez sabia del pedagogo, la erudición del perito, la cálida unción del sacerdote enamorado de lo que ha sido y es alimento de su fe y motor de su piedad sacerdotal y su actividad apostólica». La obra quiere ser un complemento pastoral y ascético de los tratados del autor sobre la Eucaristía («Nueva Pascua de la Nueva Alianza») y sobre el sacerdocio («Ministros de Cristo»), y a su «Comentario a la Constitución de S. Liturgia».

N. P.

La piedad cristiana

NARCISO TORRES RIERA

La piedad cristiana es un cierto culto debido para con Dios, con la Patria y con el prójimo. Este culto exige reverencia y obsequio debido. Reverencia en cuanto se da culto a lo superior y obsequio debido en cuanto se ofrecen a la persona reverenciada los medios que necesite: «La piedad exhibe oficio y culto; el oficio se refiere al obsequio, el culto a la reverencia o el honor» (1).

Si hay que honrar a los padres, amigos y parientes, mucho más a Dios, quien es principio y fin del hombre. Hay que rendir culto a Dios obligatoriamente como al Padre único de todos: «El nombre de Piedad implica la reverencia que tenemos para con el padre y la patria. Y ya que Dios es el Padre de todos, también la piedad se denomina culto de Dios» (2). Para Santo Tomás la virtud de la religión es la misma Piedad, en cuanto que Dios es por excelencia Padre (3).

Ahora bien, la Piedad es también uno de los siete dones del Espíritu Santo, quien nos mueve mediante su gracia para que «tengamos cierto afecto filial hacia Dios» (4).

Sentirse y ser hijo de Dios es esperarlo todo de Dios, es decir ser pequeño. Para Santa Teresita «permanecer pequeño es reconocer la nada de uno, esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre, no inquietarse por nada, no procurar llegar a ser rico» (5).

Por otra parte Dios mismo es infinitamente sensible a este afecto filial, puesto que Dios «se convierte en mendigo de nuestro amor» (6). La humildad divina es tan inmensa que pide (El que es el Creador y Señor) la pequeña limosna de nuestro amor.

La piedad cristiana incluye también la benevolencia para con todos los hombres, porque todos somos de una idéntica patria. Y por ello «la piedad se toma por la misericordia» (7).

Para Juan de Santo Tomás el don de la Piedad

se distingue de la latría o la virtud de la religión infusa. Esta «se funda en un motivo de mutuo débito, el de los beneficios recibidos de Dios, y la correspondencia que por los mismos le debemos» (8).

Por el contrario el don de Piedad tributa siempre alabanza y honor a Dios por ser quien es con independencia de lo que nos da, ya sean éxitos o fracasos: «El don de Piedad, prescindiendo de esa nota de donación o retribución por los beneficios que de Dios recibimos, le tributa honor y alabanza, por ser El quien es, ya nos envíe males o bienes» (9).

Pero el don de Piedad no se limita a honrar sólo a Dios como Padre. Este don es un acto de misericordia y de justicia cristianas, puesto que se honra y ama sobre todo a Dios y a todo cuanto Dios ama, por el simple hecho de que Dios lo ame. Precisamente porque las criaturas (sobre todo el hombre) son como una extensión querida y participada del infinito amor de Dios mismo: «la misma razón formal de la piedad que nos hace mirar a Dios como Padre, hace que este don se extienda a nuestras relaciones para con los demás hombres, en cuanto que ellos son también hijos de Dios, conciudadanos de los santos y domésticos de Dios... La grandeza de la gloria de Dios ha de entenderse no sólo en cuanto es infinita en sí misma, sino también en cuanto que es participada por aquellos que son hijos de Dios y consortes de la naturaleza divina... De aquí que ninguna virtud o don podrá rendir a Dios culto y homenaje por razón de su paternidad, sin que al mismo tiempo, y como consecuencia, le tribute también a todos sus hijos» (10).

De este modo la piedad cristiana procura honrar a todos los hombres «como conviene a hijos que son de Dios» (11), y además la piedad cristiana no se detiene en las necesidades meramente

humanas; éstas son exigencia ineludible de la caridad. El objetivo de la Piedad es más elevado y sobrenatural, es decir, «no se fija en las conveniencias humanas, sino en lo que es propio de la conveniencia sobrenatural entre hijos y familiares de Dios» (12).

Importa, pues, destacar y notar que el sentido de la Piedad es doble. Por una parte es una virtud infusa «con una modalidad humana, o sea, regulada por la razón iluminada por la fe» (13). Por otra parte es un don del Espíritu Santo, quien por una gracia especial mueve nuestra voluntad; mediante el don de Piedad nuestra alma tiende así hacia Dios como Padre «por instinto del Espíritu Santo» (14).

Los efectos de esta moción divina son múltiples y variados. En primer lugar el Espíritu Santo nos hace sentir con inefable alegría interna la gloria de Dios y nuestra filiación adoptiva por la que somos hijos de Dios.

Nos hace reverenciar a Dios Padre sintiendo vivísimamente el misterio de la Santísima Trinidad. Nos aumenta la confianza y abandono total en manos de Dios: «Vuestros brazos, oh Jesús mío, son el ascensor que ha de elevarme hasta el Cielo. Para esto no necesito crecer, sino al contrario, quedar pequeña, achicarme cada vez más» (15).

Nos hace sentir un amor especialísimo para con el prójimo en cuanto que todos los hombres son hijos de Dios: «Aman a todos los hombres con apasionada ternura, viendo en ellos a hermanos queridísimos en Cristo, a los que quisieran colmar de todac lase de gracias y bendiciones» (16).

También nos hace sentir un amor especial con todo lo que está relacionado con la Paternidad divina, como «el amor filial hacia la Santísima Virgen María» (17), como el amor hacia los ángeles, los santos, las almas del Purgatorio, el Papa, los superiores, los padres, la patria, la Sagrada Escritura y las cosas santas tales como las imágenes, cuadros, etc.

En nuestros días la impiedad o la dureza de corazón se va apoderando cada día más de los hombres. Se pretende llamar al divorcio y al aborto procurando «derechos humanos», cuando en realidad lo uno es la egoísta y cómoda satisfacción de las pasiones inconfesadas, y lo otro, aparte de ser un vil asesinato, esconde secretamente una voluntad insana de utilizar el propio cuerpo por un mero afecto carnal. El vicio aumenta por doquier y así es inútil aparentar deseos de bienestar social; porque si lo propio es egoísta hasta tal punto de perder el sentido del bien y del mal, la comunidad social formada por un gran número de corazones duros ha de ser necesariamente pésima en todos los órdenes y planos que se la mire.

El único camino es ir en pos de Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida, y cuyo Sagrado Corazón prometió a Santa Margarita de Alacoque que «las almas tibias se harán fervientes» a quienes fuesen devotos de su Corazón. Y esto es lo que debemos pedir a Dios cada día con intensidad y firmeza para ser de cada día más santos, aspiración necesaria para cada cristiano, y que el Espíritu Santo nos envíe su consolador don de la Piedad.

NOTAS

1. Santo Tomás, II-II, q. 101, a 2, in c.
2. *Ibidem*, I-II, q. 68, a. 4, ad 2.
3. *Ibidem*, II-II, q. 103, a. 3, ad 1.
4. *Ibidem*, II-II, q. 121, a. 1, in c.
5. Santa Teresita de Lisieux, *Historia de un alma — Consejos y recuerdos*.
6. *Ibidem*, *Cartas a Sor Francisca Teresa*, Carta III.
7. Santo Tomás, I ad Timothem, IV, lect. II, 154.
8. Juan de Santo Tomás, *Los dones del Espíritu Santo y la Perfección Cristiana*, cap. VIII, I, pág. 546, ed. Conse. Sup. Invest. Científicas, Madrid, 1948.
9. *Ibidem*, pág. 547.

10. *Ibidem*, pág. 551.
11. *Ibidem*, pág. 553.
12. *Ibidem*.
13. A. Royo Marín, *El Gran Desconocido*, cap. 10 — I, ed. BAC-minor, pág. 142.
14. *Ibidem*, pág. 142-143.
15. Santa Teresita de Lisieux, *Historia de un alma*, cap. IX, pág. 156.
16. A. Royo Marín, *El Gran Desconocido*, ob. cit., cap. X, 4, pág. 147.
17. *Ibidem*, III, 5, pág. 148.

Hacia la beatificación del Padre Mañanet

J. M. B.

Juan Pablo II ha proclamado la heroicidad de sus virtudes

El pasado día 12 de julio el secretario de la Congregación para las Causas de los Santos ha dado lectura delante del Papa del Decreto que sanciona la práctica heroica de las virtudes cristianas, religiosas y sacerdotales del Padre Mañanet, pudiéndosele llamar ya desde este momento Venerable.

Con este acto ha culminado la primera etapa del proceso de beatificación y canonización del fundador de los religiosos Hijos e Hijas de la Sagrada Familia. Introducida la causa por Decreto de Pío XII en 1956, se desarrolló en Barcelona el proceso apostólico en 1958. Para llegar al momento presente han sido examinadas las declaraciones de 62 testigos, religiosos, sacerdotes y seculares, que habían convivido y tratado al Siervo de Dios, y que fueron citados en los procesos informativos de 1931 y en el apostólico de 1958 para responder a las preguntas elaboradas por la misma Congregación para las Causas de los Santos. Del conjunto de estas deposiciones emerge la fisonomía espiritual de este sacerdote que, meditando el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret, se mostró particularmente sensible a las necesidades de la familia y de la juventud.

Juntamente a esta prueba procesal, la postulación ha elaborado un voluminoso estudio histórico-crítico, de 1.110 págs., que ha servido para confirmar documentalmente los juicios de los testigos sobre la vida apostólica y santidad del Padre Mañanet.

Todo esto debidamente estudiado por el promotor general de la fe o abogado del diablo y por los congresos de consultores teólogos y de cardenales ha hecho posible este reconocimiento oficial del Papa de la santidad no común del ya venerable José Mañanet.

Pagó sus estudios trabajando de camarero

El Padre Mañanet nació en Tremp en una familia cristiana y numerosa el 7 de enero de 1833.

Murió en Barcelona el 17 de diciembre de 1901. Huérfano de padre a los pocos meses, estudió las humanidades en el colegio escolapio de Barbastro pagando sus estudios y pensión con los servicios de fámulo de la comunidad. Y la filosofía en el seminario de Lleida, haciendo de preceptor de la familia Morlius. El obispo José Caixal, de La Seu d'Urgell, tomó como paje al seminarista Mañanet y le ordenó sacerdote el 9 de abril de 1859. Doce años al servicio del obispo Caixal, desempeñando cargos de responsabilidad y de confianza, le prepararon para la realización de una obra cuya inspiración había recibido en la oración. Caixal bendijo y aprobó las constituciones o estatutos de las nuevas familias religiosas de Mañanet.

Al servicio de la familia y de la juventud

En 1864 fundó a los Hijos de la Sagrada Familia y en 1874 la rama femenina, asignándoles como tarea la propagación de la devoción de la Sagrada Familia y la formación cristiana de las familias, especialmente por medio de la educación católica de la niñez y juventud. No faltaron serias dificultades, internas y externas, al desarrollo de esta obra que fue llamada por el doctor Pedro Verdós «la obra del milagro». Pero el Padre Mañanet no se arredró y dio pruebas de la firmeza de su fe e inquebrantable confianza en la llamada de Dios.

Abrió numerosos colegios, escuelas y talleres de artes y oficios en varias localidades de Catalunya y promovió muchas obras apostólicas al servicio de la familia con su palabra y sus escritos. León XIII aprobó el instituto masculino en 1901, antes de la muerte del siervo de Dios, y Pío XII el instituto femenino en 1958. Las dos familias continúan la misión del Padre Mañanet en varios países del mundo fieles a la vocación nazareno-familiar.

Un Nazaret en cada hogar

En la vida y actividad del Padre Mañanet hay un punto de referencia constante y obligado: la

vida y ejemplaridad de la Sagrada Familia de Nazaret. Aquella casa es el hogar y la escuela en donde nació y se formó como Hijo de la Sagrada Familia y es el lema de toda su actividad apostólica: escribió libros de meditación y de piedad para profundizar el misterio de Nazaret, para la formación espiritual de los religiosos, para la formación cristiana de las familias, para la dirección pedagógica de sus colegios y escuelas y muchas cartas para el gobierno de los institutos y la dirección espiritual de los religiosos y religiosas, en donde se revela la fe, la humildad, la paciencia, la prudencia y la caridad del Siervo de Dios. Fundó la revista *La Sagrada Familia* y fue el inspirador del templo expiatorio de la Sagrada Familia de Barcelona, para que fuese el hogar espiritual de todas las familias. «Somos hijos amantes de la Sagrada Familia —decía— y vamos a intentar un esfuerzo por colocarla en el seno de todos los hogares.»

Retrato espiritual del Padre Mañanet

El clima espiritual que alimentó la heroica fidelidad a esta llamada tan peculiar de Dios estaba formado por las tres virtudes teologales, la obediencia y la humildad. En más de cuarenta

años de actividad sacerdotal, el Padre Mañanet se revela como un hombre de profunda fe, de sólida piedad alimentada con una no común vida interior, con una singular devoción trinitaria, eucarística y mariana, con un filial y tierno arrobaamiento por la Sagrada Familia de Nazaret, «esta Trinidad de la tierra» como solía llamarla; de firme y constante confianza en la Providencia; de asidua vida de oración y de meditación, de ardiente fe sacerdotal y de grande caridad por el prójimo: prudente, fuerte de ánimo, austero, paciente, humilde, obediente, dócil. El Siervo de Dios, siendo ya sacerdote y renunciando a cargos honoríficos, escogió el camino de los consejos evangélicos observándolos juntamente con las Constituciones con una radical renuncia de sí mismo, hasta llegar a ser espejo y modelo para sus hijos en religión y para sus superiores. Domó su fuerte temperamento con la disciplina religiosa, la mortificación, la penitencia interna y externa. Visitaba cada día espiritualmente la Casa de Nazaret para imitar las virtudes más características de la Sagrada Familia.

A partir de hoy mismo se ha iniciado ya el estudio de una curación extraordinaria atribuida a su intercesión que podrá llevarle pronto a los honores de la beatificación.

CIERTAMENTE QUE NO PUEDE ADMITIRSE COMO VERDADERA LA TEORIA SEGUN LA CUAL SOLO LA VOLUNTAD HUMANA, DE LOS HOM-BRES INDIVIDUALES O DE LOS GRUPOS SOCIALES, SERIA LA FUENTE PRIMERA Y UNICA DE DONDE SURGIRIAN LOS DERECHOS Y DEBERES DE LOS CIUDADANOS, Y DONDE RECIBIRAN SU FUERZA OBLIGATORIA LAS CONSTITUCIONES Y LA AUTORIDAD MISMA DE LOS PODERES PUBLICOS.

Juan XXIII, *Pacem in terris*

“EL QUE NO ESTA CONMIGO...”

FRAY ANTONIO DE LUGO

Jesús exige de los que quieren seguirle, la entrega, la entrega total, incondicional, que es compatible con cualquier situación, estado o profesión; a nadie excluye de su Reino, que, como canta la Iglesia, es Reino de amor, de justicia, de paz y de verdad; en efecto, el seguimiento de Cristo tiene exigencias, a veces no pequeñas, que ponen a prueba la magnanimidad de los que, como el Apóstol quieran exclamar: «A pesar de todo cuantas cosas eran para mí ganancias, por Cristo las he reputado perdidas; que sí, que aun todas las cosas estimo ser una pérdida comparadas con la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien di al traste con todas, y las tengo por basura, a fin de ganarme a Cristo y ser hallado en El...» (Fil. 3-7=9). El conocimiento de Cristo es la ciencia más sublime y segura que el hombre puede adquirir; más aún, es verdadera sabiduría, como leemos en San Pablo: «...mas nosotros predicamos un Cristo crucificado, para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad; mas para los mismos que han sido llamados, así judíos como griegos, Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios...» (1.ª Cor. 1-23=24); no se trata, ciertamente de un conocimiento puramente especulativo, sino de otro más profundo que comunica la fe teológica, animada por el amor de Dios; conocimiento, sin duda misterioso, inefable, adquirido no por ciencia humana, sino recibido gratuitamente de Dios; conocimiento que trasciende lo creado y conduce al alma a las regiones de lo sobrenatural y ultramundano, sin que por ello la deje indiferente ante las necesidades y angustias de sus hermanos; antes bien, la nueva situación en Dios, fruto de ese conocimiento empapado de divino amor, le permite aportar a la reconstrucción de un mundo mejor, valiosos elementos, ya que aplica en todo caso el gran principio promulgado por el Maestro: «Este es mi precepto, que os améis unos a otros, como Yo os he amado. Nadie tiene mayor amor, que éste de dar uno la vida, por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando» (Jn. 15-12=14); es indiscutible que las grandes realizaciones de la humanidad, las más constructivas y eficaces, han sido fruto de un gran amor a Dios puesto al servicio de su causa: la salvación del mundo. El sin-

cero seguimiento de Jesucristo exige la aceptación, sin restricciones, de su Persona y de su Mensaje, tal cual nos lo da a conocer la Iglesia por El fundada, e investida de autoridad divina, para enseñar a todos los pueblos según el mandato recibido del Divino Maestro (Mt. 28-19). De San Agustín, es la siguiente sentencia: «Yo no creería en el Evangelio, si a ello no me moviese la autoridad de la Iglesia Católica.»

En la Epístola a los Hebreos, leemos: «Dios, que en los tiempos pasados, muy fragmentaria y variadamente, había hablado a los Padres por medio de los Profetas, al fin, en estos días, nos habló a nosotros, en la persona de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, y por quien hizo también los mundos...» (Heb. 1-2=3). El nos ha dado a conocer a Dios, no sólo en la indivisible unidad de su esencia, sino en la Trinidad de Personas, como podemos comprobar en el Santo Evangelio: «Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre...»; «Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí...» «Todo cuanto tiene el Padre es mío...» «Nadie va al Padre sino por Mí...»; «Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre...» «El Espíritu Santo, que enviara el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará cuanto Yo os dije...»; «Todas las cosas que oí de mi Padre os las di a conocer...» «Cuando viniere el Espíritu de Verdad, os guiará en el camino de la Verdad integral. Pues no hablará de sí mismo, sino lo que oyere, eso os hablará...»; «El me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo dará a conocer...»; «Si alguno me amare, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y a El vendremos, y en El haremos mansión...» (Jn. 14-15), y más claramente en San Mateo: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo...» (Mt. 28-19). La Iglesia custodia con fidelidad al Sagrado Depósito de la Verdad, y lo propone a la fe del pueblo de Dios, con autoridad indiscutible. Los grandes Concilios Ecuménicos de Nicea, año 325; Efeso, año 431; Calcedonia, año 451, y el Papa San León el Grande, en la Epístola dogmática a Flaviano, Patriarca de Constantinopla, año 449, 13 de junio, han proclamado como verdades dogmáticas que se deben creer con fe divina, la unión

de la naturaleza humana con la divina, en la Segunda Persona de la Trinidad Santa, el Hijo, Dios como el Padre y el Espíritu Santo, que se encarnó en el seno virginal de María Santísima. Los Santos Padres, el ininterrumpido Magisterio de los Papas, y las enseñanzas de los teólogos católicos, han expuesto en el correr de los siglos aquellas verdades, y otras que derivan de ellas. Jesucristo es el Verbo eterno del Padre, del cual escribe San Juan: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios...»; «Todas las cosas fueron creadas por El...»; «En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres...»; «Existía la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo...»; «y el mundo fue hecho por El...» «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron...» «Mas a cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios...» «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria cual del Unigénito del Padre...» A Dios nadie le ha visto jamás; el Unigénito del Padre, que está en el seno del Padre mirándole cara a cara, El es quien lo dio a conocer» (Jn. 1-1 = 18). Es la Sabiduría increada, y sus palabras que son «espíritu y vida» (Jn. 6), contienen el Mensaje de salvación que viene del Padre. Aceptar a Jesús, Maestro Divino, es amar a Dios, y su plan de salvación, que es universal, pues «Dios nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y vengan al pleno conocimiento de la Verdad» (1.ª Tim. 2-4). El Concilio Vaticano II, recuerda a todos que el llamamiento a la santidad afecta a todos los hombres (Constitución *Lumen gentium*, cap. 5).

Aceptar a Jesús es, por lo mismo, seguirle como a único Camino que lleva al Padre; sólo El nos lo ha dado a conocer, «ipse enarravit»; descubrir en Cristo a Dios sólo es posible con la luz de la fe teologal, don divino y gratuito, participación creada en la luz increada, que nos permite conocer lo que, sin ella, sería impensable; claramente lo afirmó el Maestro: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn. 8-12). Las tinieblas del error han ofuscado el entendimiento y endurecido el corazón del hombre; el mundo está envuelto en las densas tinieblas del pecado y se niega a abrirse a la luz que es Jesucristo que, además de ser Camino, Luz y Vida, es también la Verdad inmutable, eterna, y sólo cuando el hombre se sitúa en la órbita de esa Verdad, encuentra la auténtica libertad de los hijos de Dios, como leemos en el Texto Sagrado, «la Verdad os hará

libres» (Jn. 8-32). El conocimiento de Dios, por Jesucristo, se puede y se debe profundizar con el estudio de su doctrina y, sobre todo, mediante la íntima comunicación con El, en misterioso diálogo, fundado en la fe, y animado por el amor divino, que llamamos oración. En efecto, el conocimiento que el hombre adquiere de Cristo en la oración no es distinto del que tiene por fe; es el mismo, si bien más íntimo, más vivo; cuando la oración es contemplativa y mística, entonces tal conocimiento es subidísimo, adquirido por vía de amor; concesión gratuita de Dios a las almas generosas, convenientemente purificadas, como enseña el Evangelio: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt. 5-8); oración de contemplación infusa que Dios da a quien quiere y en la medida que quiere, si el alma no pone obstáculos a la acción del Divino Espíritu, que hace maravillas en los hombres y con los hombres. San Juan de la Cruz, expuso magistralmente los efectos de tal oración en la siguiente estrofa: «Allí me dio su pecho, / allí me enseñó ciencia muy sabrosa, / y yo le di de hecho / a mí sin dejar cosa, / allí le prometí de ser su esposa» (Cántico Espiritual canc. 27). El Mensaje de Dios a todos los hombres, es esencialmente espiritual, religioso, escatológico y trascendente; sus palabras como afirmó rotundamente el Apóstol San Pedro, «son palabras de vida eterna» (Jn. 6-69); sin embargo el Hijo de Dios, vino a los suyos, «y los suyos no le recibieron»; los hombres han preferido la mentira a la Verdad; la muerte a la Vida; las tinieblas a la Luz. Nos dice el Profeta Jeremías: «Pues un doble mal ha cometido mi pueblo: / dejadme a Mí, la fuente de aguas vivas, / para excavar cisternas agrietadas, / incapaces de retener el agua» (Jer. 2-13); palabras pronunciadas algunos siglos antes de la venida del Hijo de Dios, pero perfectamente aplicables a los tiempos de apostasía que vivimos. El hombre de hoy necesita de luz, de verdad, de paz; vive inmerso en el desorden de sus pecados que son la causa de sus males; necesita de Cristo, Hombre-Dios, que puede y quiere salvar lo que se ha perdido; sólo El pudo decir a los hombres de todos los tiempos: «Venid a Mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis reposo para vuestras almas...» (Mt. 11-28 = 29); son al respecto oportunas unas palabras de San Agustín: «Padece el género humano de enfermedad, no de cuerpo, sino de pecados. Yace en toda la redondez de la tierra,

de oriente a occidente, el gran enfermo. Y para curar al gran enfermo, descendió el Médico omnipotente. Se humilló hasta su carne mortal, o digamos, hasta el lecho del enfermo.» El mismo Santo en uno de sus sermones nos alienta a todos los pecadores: «He aquí que tú estás lejano de Dios, ¡oh hombre!, y Dios está muy arriba, lejos del hombre; pero en medio se puso el Dios-Hombre. Reconoce a Cristo, y por el hombre sube a Dios» (Sermón 82).

Leemos en el Santo Evangelio: «Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Mesías, o allí, no lo creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas...» (Mt. 24-23=24); las anteriores palabras del Señor, son siempre actuales. Sólo existe una versión genuina, auténtica de Jesucristo y de su Obra: la que nos transmiten los Santos Evangelios, las Epístolas de los Apóstoles, y la Tradición de la Iglesia, interpretados con autoridad divina por el Magisterio, que el mismo Cristo estableció. En no pocos grupos religiosos se practica lo que llaman «preparación de la palabra», y que no es otra cosa que el «libre examen» luterano, inadmisibles para los católicos. En niveles intelectuales más elevados, no faltan teorías, más o menos tocadas de los errores de racionalistas, protestantes liberales, modernistas, etc., que niegan la divinidad de Jesucristo, Señor nuestro. Algunos hablan de la presencia de la divinidad en Cristo, es un ser fuera de serie; un hombre excepcional, «en el que se ha condensado todo lo que hay de bueno y elevado en nuestra naturaleza...; cada uno de nosotros, le debe lo mejor que tiene» (Renan; La vida de Jesús); otros, en fin, no dudan en sostener que el Cristo histórico, está envuelto en abundantes mitos que desfiguraron su imagen. A todos ha dado contestación adecuada la Iglesia, con argumentos de la más incontestable verdad; las pruebas históricas de la autenticidad e historicidad de los Evangelios, superan las de todos los libros de la antigüedad. Tampoco faltan, en nuestros días, seguidores de un Cristo que pertenece a la historia; su Persona y su Mensaje salvífico, están falseados; no se puede vaciar de contenido religioso, espiritual y escatológico, la doctrina del Salvador, sin atentar por ello contra su misma misión divina. Cristo no es un exaltado; menos aún un revolucionario que alza bandera en defensa de los oprimidos de este mundo. Evidentemente, Jesús nos vino a liberar de la mayor de las esclavitudes, la del pecado y el demonio; no es menos cierto que su Mensaje de salvación tiene una proyección moral,

en la vida personal, familiar y social, sin excluir la política y economía; son derivaciones necesarias de aquella sublime doctrina, que viene del Padre que dijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle» (Mt. 17-5), y el mismo Divino Maestro dijo claramente: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me envió. Quien quisiere cumplir su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios, o bien hablo Yo en nombre propio» (Jn. 7-16=17). El Sermón de la Montaña, verdadera carta magna de comportamiento cristiano, es la quintaesencia del Mensaje; inspirado por el Espíritu de Jesús y fundado en el amor a Dios, y al hombre por Dios, es, sin duda alguna, la base más segura para la instauración de un auténtico humanismo cristiano, capaz de transformar la sociedad humana, y hacer así un mundo mejor.

La vuelta a Dios, por Jesucristo, es la única solución que tiene el hombre y la humanidad toda; el conocimiento de Cristo es el primer paso al que han de seguir el amor a su Persona, a su doctrina y a su voluntad. Dice el santo obispo de Hipona: «Si a Cristo le tienes sólo como Dios, niegas la medicina que te ha sanado; si le tienes por hombre sólo, niegas el poder que te ha creado. Guarda ambas cosas, alma fiel y corazón católico; cree ambas cosas, confíeselas fielmente. Dios es Cristo, hombre es Cristo.» El conocimiento que tenemos por fe, debe ser enriquecido por el contacto personal en la oración. El no atrae a Sí, y quiere que nos abramos a las influencias saludables de su Gracia; el Cristo de Nazaret, del que habla la historia, es el mismo que nos propone la fe; el Verbo eterno del Padre; así lo afirma categóricamente San Juan cuando escribe: «Lo que era desde el principio; lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos, y nuestras manos tocaron acerca del Verbo de la Vida, y la vida se manifestó y la hemos visto, y damos testimonio...» (1.ª Jn. 1-1=2). Si nos acercamos a El, con fe humilde, sencilla y sobrenatural, El desea comunicarse al alma, en el silencio, en el sosiego que reina en un corazón ya purificado, como cantó el Santo Doctor del Carmelo, con profundidad teológica y en subida poesía: «¡Oh cautiverio suave! / ¡Oh regalada llaga! / ¡Oh mano blanda! / ¡Oh toque delicado! / que a vida eterna sabe, / y toda deuda paga, / matando, muerte en vida la has trocado» (Llama de amor viva, canc. 2.). Marchemos en pos de Cristo, abrazados a su cruz; palabras suyas son: «El que no está conmigo, está contra Mí.»

EL REINO DE DIOS EN LA HISTORIA

JOSÉ ORLANDIS

El hombre y el designio salvífico de Dios

El historiador de la Iglesia de Jesucristo ha de observar con atención los hechos reales que van configurando el entramado del acontecer de la humanidad. Pero necesita saber también elevarse por encima de lo anecdótico, si ha de captar las líneas maestras de eso que ha venido en llamarse «sentido de la historia». Un «sentido» cuya última y trascendente finalidad es la realización del Reino de Dios en la tierra y que el historiador tan sólo alcanzará a comprender si su mirada está iluminada por el resplandor de la fe.

Es indudable que la realización histórica del designio salvífico de Dios constituye una empresa divina y humana a la vez, porque para ella quiso el Señor contar con el concurso de los hombres. La obra de salvación se inserta así en el curso de la historia y avanza en medio de sus peripecias y avatares. Tal es la razón de que los modos de cooperación humana no permanezcan estáticos sino que, en los aspectos no esenciales, hayan variado con el paso de los siglos. El Espíritu Santo, que renueva la faz de la tierra, anima e impulsa esa cooperación del hombre, cuya fidelidad reside justamente en no poner obstáculos a una tal renovación o, mejor todavía, en hacerse instrumento dócil de los planes de Dios. Preparar el camino del Señor, enderezar sus sendas, fue el mensaje anunciado al mundo por Juan Bautista (cfr. Mt. III, 3).

Las formas históricas del Reino de Cristo

Nunca olvidaré las conversaciones, ya lejanas en el tiempo, con quien fuera alma de la revista «Cristiandad», tan ligado a mí por particulares lazos familiares y de afecto. El P. Ramón Orlandis sentía celo ardiente por la Gloria de Dios y —mo-

vido por la preocupación que le inspiraba el destino cristiano de la humanidad contemporánea— consagró su vida a luchar por el ideal del Reinado Social de Jesucristo. Cuando está ya próximo a cumplirse un cuarto de siglo desde su fallecimiento, los tiempos siguen siendo tan arduos, al menos, como los que él conoció. También hoy presenciamos en muchos lugares del mundo el persistente empeño de borrar toda huella divina de la vida de los hombres y de los pueblos; también hoy asistimos —quizá a mayor escala que nunca— al rechazo público y privado de preceptos fundamentales de la Santa Ley de Dios. Pero sería impropio de un hombre de fe extraer de lo dicho una conclusión de desaliento, como si ésta fuera, irreversiblemente, la hora del triunfo del mal en el mundo. Todos los tiempos históricos —también los nuestros— son tiempos de Dios, y ésa es la razón última de que el optimismo haya de ser, en cualquier circunstancia, la actitud radical del cristiano. La eficacia de la Redención de Cristo sigue operando la salvación del hombre de las nuevas generaciones y, si es cierto que ahora el Mal parece abundar, todavía más sobreabunda la Gracia (cfr. Rom. V, 20).

El Reino de Cristo —vale la pena insistir— sigue y seguirá presente en la tierra, aunque las formas de esa presencia pueden variar con el paso de los siglos. Estoy persuadido de que la Providencia de Dios ha querido acentuar precisamente nuestros tiempos y los que han de venir una forma de realización histórica del Reino, que fue ya la propia de los cristianos de los primeros siglos: la llamada universal de los cristianos a la santidad. Esta vocación entraña que todo cristiano —cualquiera que sea su estado, clase o condición— está llamado a la plenitud de la vida cristiana. Y ello como consecuencia del propio sacramento del Bautismo, que pide a todos los que lo reciben una vida coherente y sin fisuras, de autén-

ticos discípulos de Jesucristo. La Iglesia de nuestro tiempo parece destinada a ser otra vez —con marcado acento— una Iglesia de discípulos de Cristo Señor.

El Opus Dei y la llamada universal a la santidad

La llamada universal a la santidad —a la plenitud de la vida cristiana— constituyó desde 1928 tema constante de la enseñanza del fundador del Opus Dei. Hoy puede afirmarse que esta doctrina, plenamente asumida por el Concilio Vaticano II, ha pasado a convertirse en doctrina común de la Iglesia. Pero suele ocurrir en la historia de esta santa Iglesia que el espíritu anteceda a la norma y que el fenómeno vivo vaya por delante del derecho. El Opus Dei, desde hace más de medio siglo, constituye un fenómeno ascético y pastoral extendido ya por los cinco continentes y que integra a hombres y mujeres de noventa nacionalidades. Ahora ha estado en un primer plano de actualidad, con motivo de comunicarse la decisión de Juan Pablo II de erigirlo como prelatatura personal, una nueva figura de derecho común creada por el Concilio Vaticano II y que conviene al modo de ser propio de la Obra. En efecto, al de-

cidir la erección del Opus Dei en prelatatura personal, aplicando por primera vez la nueva estructura jurisdiccional ideada por el Vaticano II y perfilada jurídicamente por Pablo VI, Juan Pablo II pone de manifiesto el pleno reconocimiento jurídico de su carácter laical. Y, al mismo tiempo, la decisión pontificia significa también una alta estima del Opus Dei y una positiva valoración de su papel en la evangelización del mundo contemporáneo, precisamente por su característica esencial de secularidad y por la espiritualidad de la santificación del trabajo que le es específica. La noticia me parece importante, pero no insólita, porque se inscribe en la línea de la más pura lógica eclesial. Pienso que se trata de un hecho que ha de alegrar a todo cristiano consecuente, deseoso de que se abran en el mundo los caminos de Dios. Porque es bueno para la Iglesia que las obras de Dios puedan ser tal como Dios quiere que sean, en su genuina autenticidad; y es bueno, también, que unos preceptos notables del Concilio Vaticano II pasen de la letra de los documentos al plano de la realidad viva. El observador que contemple estos acontecimientos con mirada de fe habrá de considerarlos como nuevos avances, reservados a nuestro tiempo, en el camino de la progresiva realización del Reino de Cristo en la historia.



LOS CRISTIANOS NUNCA ADMITIRAN AQUEL
PRINCIPIO DEL PARLAMENTARISMO MODERNO DE
QUE UNA MAYORIA PUEDA HACER JUSTO LO IN-
JUSTO.

TORRAS Y BAGES
(Pastoral Dios y el César)
1911



“LA PUESTA AL DÍA” DE LA IGLESIA CATOLICA, VISTA POR EL HOMBRE MODERNO

ELSA HOERLER DE CARBONELL

Una encuesta realizada en Alemania, a raíz del viaje de S. S. el Papa nos da una idea sobre la mentalidad de este «hombre moderno», es decir, del hombre de fines del siglo xx.

Mientras que aún el 75 % de los católicos creían en la existencia de Dios, solamente el 25 % de los protestantes creían en El. Por lo tanto, grandes sectores en los países, sin persecución religiosa, son largamente ateos.

Sin embargo, estos ateos demostraban en tiempos de Pío XII un gran interés por sus alocuciones (algunos estaban mejor informados sobre su contenido que nosotros los católicos), asimismo les atraía fuertemente la personalidad humana de Juan XXIII, y, también el anuncio del Concilio Vaticano II despertó no poco interés.

Pero, durante los 17 años después de su clausura, se ha podido constatar primero perplejidad, después cierta irritación, para terminar en una indiferencia.

* * *

Y, no es que, de parte del clero católico, hubiera faltado interés para este acercamiento a la mentalidad del hombre moderno, todo lo contrario.

Pero el hombre moderno, repasando las ideas, que le fueron presentadas como lo más nuevo, vio que eran:

- El evolucionismo de Darwin (1809-1882).
- El socialismo científico de Marx (1818-1883).
- El anarquismo de Bakunin, contemporáneo de Marx.
- Las teorías de Nietzsche, que ingresó en el manicomio en 1890.
- Las teorías de Freud, que nació en 1856.

Es decir, lo que le presentaron al hombre moderno unos clérigos con sendos títulos académicos era un conjunto de teorías e ideas del *siglo diecinueve*. Ahora bien, el hombre moderno postconciliar vive en el *último tercio del siglo veinte*.

Por lo visto, los intelectuales católicos, en su afán de la «puesta al día», se habían equivocado de siglo.

No nos puede extrañar, que el hombre moderno se sentía perplejo.

* * *

Ahora bien, todas estas teorías decimonónicas, las había superado el hombre moderno. Incluso el viejo, que en su primera juventud había recibido, como único alimento espiritual, este conjunto de evolucionismo, socialismo, anarquismo, superhombre y freudismo, se ha librado de él a una edad relativamente temprana.

Porque, el hombre de primeros de este siglo, junto con esta amalgama de ideologías, ha heredado una sólida formación en las ciencias experimentales. Así, al explicarle estas teorías, sabía que no se trataba de verdades científicas, sino meramente de hipótesis, que él tenía que someter a comprobación, y, que si quería ser sincero, tenía que comprobar su veracidad personalmente, no fiándose de informaciones de terceros.

Por esta razón, a mediados de sus treinta años, podía constatar:

- Que, después de 100 años, los evolucionistas aún estaban buscando “el eslabón perdido”.
- En lo que se refiere al socialismo científico, ha aprendido por experiencia propia, que no coincidía en absoluto con las previsiones teóricas.
- El anarquismo no era un sistema de conviven-

cia, sino meramente la corta antesala (seis meses aproximadamente) a un totalitarismo de uno u otro color.

—Figurándose ser un superhombre o una supermujer, no se hacía más fuerte, sino histéricamente vulnerable, mientras que la libertad sexual se transformaba en un santiamén en una obsesión sexual.

Se puede comprender que cuando unos treinta años más tarde los que parecían ser los representantes de la autoridad espiritual más alta —la Iglesia Católica— le cantaban entusiastas las maravillas “liberadoras» de las ideologías decimonónicas, no se sentía capaz de estar de acuerdo con ellos.

* * *

Pronto, el hombre moderno no solamente se sentía perplejo, sino irritado, ya que sus interlocutores católicos no solamente profesaban un extraño fervor por estas ideologías ateas del siglo pasado, sino que las asimilaban sin ningún criterio propio, transformándose en sus más rendidos propagandistas.

- Así, los evolucionistas, no pensaban ni un momento en profundizar en los «pros» y «contras» de la hipótesis de Darwin, sino que la elevaron, sin más ni más, a una revelación divina, que tenía que regir todo: el hombre, el mundo, y la misma religión (metacristianismo).
- Freudismo y marxismo llenaban de tal manera las mentes de algunos clérigos, que parecía que habían perdido la facultad de hablar normalmente, ya que solamente sabían discurrir sobre frustraciones y alienaciones, pero sin pensar un momento lo que pasó en los países cuando se acabaron las «frustraciones».
- Ante un sacerdote absorbido totalmente por las teorías de Marx sobre la pobreza y la opresión, el ateo apenas se atrevía a mencionar que también Jesucristo se había ocupado de esta cuestión y que él, personalmente, prefería las teorías del «Nazareno».
- ¡Y cómo no tenía que acordarse un ex protestante de las costumbres de su Pastor, el cual, cuando les hablaba, siempre tenía a

mano una edición de los Evangelios para citar los textos apropiados cuando, muchos años después, en una conferencia de un sacerdote-catedrático sobre el marxismo, el conferenciante también echó repetidamente mano de un librito de Marx, para poder citar las palabras del Maestro textualmente!

Pero tampoco aquí ninguna mención a los problemas prácticos surgidos por la realización de las teorías marxistas, sino sólo unas discusiones bizantinas sobre la teoría del «joven Marx» y del «viejo Marx».

No podía menos que irritarse el científico moderno, cuando tenía que constatar, que estos nuevos entusiastas no pensaron ni un momento en examinar las vacilantes hipótesis de las ciencias naturales y sociales decimonónicas, confrontándolas con la realidad, ayudándole a rectificarlas, sino que, haciendo caso omiso de la realidad, transformaban estas hipótesis en «evidencias» o axiomas filosóficos, o bien en revelaciones teológicas. Le parecía retroceder a los tiempos de antes de Galileo, cuando las ciencias experimentales aún no existían.

Y, el hombre moderno, se decía entristecido que nunca sería capaz de entender ni a los católicos ni al catolicismo.

* * *

La primera fase del acercamiento de los católicos al hombre moderno no ha tenido éxito, ni mucho menos. Al decirlo, no expresamos solamente unas vagas impresiones, sino una realidad.

Así, en Alemania, en los años 1955/56 —siendo una época muy materialista—, en la Iglesia católica se contaban 20.000 abandonos y 18.000 conversiones al catolicismo. En 1973 se contaban 69.000 abandonos y sólo 4.900 conversiones.

Por lo visto, esta mezcla de adoración de todas las ideologías ateas del siglo pasado con una ignorancia absoluta de los principios y resultados de 350 años de ciencia experimental, han representado un paso en falso.

Sin embargo el problema subsiste:

¿Cómo acercarse a este hombre moderno casi siempre ateo?

Desde el punto de vista del ateo moderno, un acercamiento no tendría que ser tan difícil, ya

que él es consciente de sus profundos *problemas personales*. Si puede cruzarse con una persona, religiosa o seglar verdaderamente creyente, intuye que este ser descansa y vive desde su mismo centro, mientras que él se enajena, tratando de realizarse mediante su éxito y sus placeres.

También su relación con *las ciencias* dista mucho del pueril cientifismo del siglo pasado. Conoce tanto los límites de sus ciencias como el peligro, que pueden representar para la humanidad y, por lo tanto, comprende la necesidad de una autoridad moral.

Un interlocutor católico válido tiene muchas posibilidades de entrar en un diálogo, pero tiene que tener un conocimiento y un respeto profundo por los esfuerzos sinceros y humildes de generaciones que han hecho posible los logros. Al mismo tiempo que el hombre moderno admite sus limitaciones y las críticas, espera del católico que admita los fallos que se han cometido en el pasado, tales como la condenación de Galileo (1633) y sus repercusiones sobre las ciencias experimentales.

Un paso esperanzador en una nueva dirección, era el deseo que expresaba el Papa Juan Pablo II, de que se examinase de nuevo el caso de la condenación de Galileo.

Desde luego queda *otra alternativa*: abandonar este diálogo y al hombre moderno, por considerarlo irrecuperable para la fe. Según mi opinión, esto sería una decisión peligrosa.

Pues, si consideramos al hombre moderno irrecuperable, ¿cómo extrañarnos que nuestros hijos e hijas a medida de sus estudios, cada vez se alejen más de la religión?

Y, siendo admirable las conversiones en los países asiáticos y africanos, ¿qué pasará cuando estos neófitos empiecen a entrar en contacto con las ciencias?

Además, los que se adhieren consciente —o inconscientemente a esta alternativa, no hacen otra cosa que sostener otra teoría atea del siglo pasado: la del sociólogo Augusto Comte (1798-1857), que consideró que la humanidad recorría inevitablemente los siguientes estadios:

Primero: el de la magia; segundo; el de la religión; para terminar, finalmente: en el de la ciencia.

Si no nos atrevemos a enfrentarnos con el problema de «ciencia y fe», damos la razón al señor Augusto Comte.

LOS "NO" DEL CRISTIANO AUTENTICO

RECORDAD SIEMPRE QUE EL CRISTIANO AUTENTICO, AUN A RIESGO DE CONVERTIRSE EN «SIGNO DE CONTRADICCION», HA DE SABER ELEGIR BIEN LAS OPCIONES PRACTICAS QUE ESTAN DE ACUERDO CON SU FE.

POR ESO HABRA DE DECIR *NO* A LA UNION NO SANTIFICADA POR EL MATRIMONIO Y AL DIVORCIO; DIRA *NO* A LA ESTERILIZACION, MAXIME SI ES IMPUESTA A CUALQUIER PERSONA O GRUPO ETNICO POR FALACES RAZONES; DIRA *NO* A LA CONTRACONCEPCION Y DIRA *NO* AL CRIMEN DEL ABORTO QUE MATA AL SER INOCENTE.

Juan Pablo II en Panamá, 5-III-83

EL ODIO Y EL MIEDO

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

El argentino Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), poeta, ensayista, sociólogo, polemista, autor de logradas obras narrativas, quedó postergado en este último aspecto por el increíble acierto y brillantez de su producción en los demás géneros. Con su obra *Nefelibal* (1922), mereció el III Premio Nacional de Literatura; con *Argentina* (1927), el Primer Premio Municipal de Literatura; con *Títeres de pies ligeros* (1929), el Primer Premio Nacional de Literatura, amén de otros galardones y distinciones que no vamos a enumerar.

Escritor narrativo, nos sorprende con creaciones tan arrolladoras y sublimes como *La inundación*. Ahora me limitaré a aplicar la atención a esta obra. Podríamos clasificarla como narración breve, o cuento extenso, aunque tengo para mí que es más bien un cuadro de realidad. Los términos literatura-pintura parecen interferirse. El escritor no necesita pinceles: echa mano de palabras, selecciona vocablos, construye sintagmas que aceleran o moderan el ritmo vital.

Un panorama de proporciones gigantescas. Un espectáculo dantesco. El río Largo se ha desbordado, cubriendo casi por completo el pueblo de General Estévez. A sus vecinos, a pesar de su acusada antipatía al cura, no les queda otro remedio. A tres kilómetros, sobre una colina, se levanta la inmensa iglesia, construida por el legado que dejó a su muerte don Julián Fernández. Don Julián legó para la edificación toda su fortuna. Atribuyó a un milagro de su patrono el haber salido ileso de un grave percance. Los caballos destrozaron la volanta, matándose. El quedó ileso.

Martínez Estévez presenta en una dinámica enumeración a las gentes que intervienen en la construcción del templo dedicado a San Julián: "Ingenieros, arquitectos, artistas y artesanos vivían consagrados a la obra con una especie de obcecada devoción. Había albañiles de toda especialidad, carpinteros, cerrajeros, mosaiquistas, un mundo de personas constantemente en movimiento, como hormigas.»

Como si estuviéramos ante un nuevo diluvio y una nueva arca de Noé. Los vecinos no tenían

otra arca de salvación que su iglesia. Salvando lo poco que pudieron llevarse de casa, huyen, huyen hacia la colina. Don Demetrio, el capellán, un anciano de 70 años, y el sacristán don Pedro, más viejo que él, no querían abrirles. Pero es imposible pararlos. Entran en el templo y montan allí sus campamentos. Las familias se instalan en compartimientos separados por frazadas o pedazos de tela.

La descripción de la masa adquiere tintes patéticos. «Hacia una semana que estaban allí, refugiados de la inundación, que había cubierto completamente el pueblo. El agua formaba una inmensa laguna y no se veían pájaros, ni siquiera cerca de la iglesia. Tras una sequía de tres meses, que obligó a llevar los ganados muy lejos, desbordó el río Largo como desde cincuenta años no se tenía noticia. A los tres días de lluvia diluviana salió del cauce y se volcó en la hondonada, donde alzabase la población. A la distancia se veían los techos y los molinos, las copas de los árboles y maderas y enseres boyantes.»

Los vecinos apelotonados en el gran edificio se encontraban a menudo en situaciones embarazosas. Veíanse obligados a hablar, por motivos obvios, con aquellos a quienes desde hacía años negaban el saludo. Las mujeres soportaban mejor este embarazo, y aun volvían a instalar una nueva amistad.

Podemos distinguir en esta narración la descripción conjunta de la masa y la de algunos tipos individualizados que aparecen en otro plano. Así, Martínez Estrada nos habla de doña Ramona y su nieto Angel, los mendigos del pueblo; de la esposa del jefe de la estación, que «estaba constantemente malhumorada, como si supiera que el culpable de la calamidad era su marido y no encontrara la forma de decirlo».

Un personaje que aparece con relevancia épica es el médico del pueblo, un espeñol a quien permitían ejercer su profesión, pese a no haber revalidado el título en Argentina. Es de un carácter más bien tímido y tembloroso, con una conciencia delicada, que le lleva a una adivinada desespera-

ción cuando ve que no puede atender los casos que se le presentan. Al médico le encuentran muerto detrás del altar con el bisturí, teñido en su extremo de sangre, en la mano.

Los húngaros, María y Bronislao, sentados con un paquete que les separa. Este paquete es su hija muerta, envuelta en mantas. Se resisten a enterrarla en el barro que rodea a la iglesia, como van enterrando a los que mueren en esta dramática encerrona.

A esta muchedumbre que constituye la gente del pueblo hay que enfrentar, en un antagonismo que va suavizándose, a don Demetrio y don Pedro, que no gozan de la simpatía general.

Hay escenas en que esta oposición adquiere tonos relevantes, como aquéllos en que el bobo de General Estévez increpa al pobre cura. «El idiota había cambiado súbitamente de actitud. Con la cara lampiña de bobo, los ojos muy abiertos, comenzó a sollozar sin lágrimas, mirando siempre con fijeza al sacerdote, que mascullaba frases en latín y empañado el rostro de sudor. Sin

soltar al idiota, miraba a uno y otro lado, comprendiendo que estaba sin protectores, solo entre la jauría humana. Alguien que había trepado al coro silbó, y el silbido restalló como una víbora en el ámbito del templo. Otro produjo un ruido agravante, soplándose con fuerza la palma de la mano. Las mujeres y los chicos lloraban; todos hablaban a la vez y, desde afuera, los perros, al oír el griterío, levantaban aullidos lastimeros. Había quien increpaba al padre Demetrio y quien lo defendía. Pero don Pedro continuaba inmutable, firme y mudo, como si no supiera qué tenía que hacer en tales inusitadas circunstancias. El alboroto retumbaba en las bóvedas y en las paredes, rebotando y cayendo sobre los nuevos tumultos como olas en la playa. El sacerdote fue conducido a la sacristía, sostenido del brazo por don Pedro. En la iglesia todos hablaban a un tiempo, culpando ahora al idiota que, protegido por la anciana, parecía ignorar por completo lo que había dicho. La abuela gritaba mientras le pasaba la mano por la cabeza: «Déjenlo, déjenlo; no son palabras de él, son palabras inspiradas.»

LOS "SI" DEL CRISTIANO AUTENTICO

EL CRISTIANO CREE EN LA VIDA Y EN EL AMOR. POR ESO DIRA SI AL AMOR INDISOLUBLE DEL MATRIMONIO; SI A LA VIDA RESPONSABLEMENTE SUSCITADA EN EL MATRIMONIO LEGITIMO; SI A LA PROTECCION DE LA VIDA; SI A LA ESTABILIDAD DE LA FAMILIA; SI A LA CONVIVENCIA LEGITIMA QUE FOMENTA LA COMUNION Y FAVORECE LA EDUCACION EQUILIBRADA DE LOS HIJOS, AL AMPARO DE UN AMOR PATERNO Y MATERNO QUE SE COMPLEMENTAN Y SE REALIZAN EN LA FORMACION DE HOMBRES NUEVOS.

EL SI DEL CREADOR, ASUMIDO POR LOS HIJOS DE DIOS, ES UN SI AL HOMBRE.

Juan Pablo II en Panamá, 5-III-83

Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente

Pero hay otro aspecto, aun más grave y fundamental, que se refiere al amor conyugal como fuente de la vida: hablo del respeto absoluto a la vida humana, que ninguna persona o institución, privada o pública, puede ignorar. Por ello, quien negara la defensa a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad.

¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente, o se llega incluso a facilitar los medios o servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas? ¡Queridos esposos! Cristo os ha confiado a su Espíritu para que no olvidéis sus palabras. En este sentido sus palabras son muy serias. «¡ay de aquel que escandaliza a uno de estos pequeñuelos:... sus ángeles en el cielo contemplan siempre el rostro del Padre». Él quiso ser reconocido, por primera vez, por un niño que vivía aun en el vientre de su madre, un niño que se alegró y saltó de gozo ante su presencia.

Juan Pablo II: Homilía durante la misa para las familias, Madrid, 2 de noviembre de 1982.



CRISTIANDAD

ADMINISTRACION:

LAURIA, 19, 2.º, 1.º - TELEFONO 317 47 33

